

Alfredo Calderón

En el segundo aniversario de su muerte, me inclino con respeto y admiración ante su tumba, y envío a su hija María Luisa el homenaje de mi cariño.

JOSÉ NAKENS

COSILLAS

«Para la verdad y la libertad, el eclipse es una excelente prueba.»

Esa frase de Víctor Hugo es exactísima. Si los conservadores clericales no exageran tanto la nota, estábamos yacasi a punto de olvidarnos de lo mucho que la libertad vale.

Sin embargo, hay que comportarnos de manera que sea imposible otro eclipse, no vayamos a habituarnos.

La costumbre es el peor de los tiranos.

El chirrido de las ranas reaccionarias va aminorándose. Hubo un momento en que su algarabía era insoportable.

Como siempre ocurre en estos casos, se distinguían las que habían saltado del arroyo de aguas puras de la libertad, al charco cenagoso del clericalismo.

Nadie más intransigente que el apóstata. Le pasa lo que a las prostitutas que sientan plaza de beatas, y tratan de que se olvide su pasado exagerando el celo religioso. O lo que a los Pablos y Agustines católicos, y a los Calvinos protestantes.

Hay crímenes que son actos de justicia, como hay actos de justicia que son crímenes.

Si tuviéramos siempre esto en la memoria, no condenaríamos con dureza ciertos actos ni aplaudiríamos escusivamente otros.

Y aun puede ser que a veces invirtiéramos los términos, aplaudiendo ciertos crímenes y abominando de ciertas justicias.

Va lo dijo un escritor católico: «El mundo está lleno de suplicios muy justos, cuyos ejecutores son muy culpables.»

Se dice que, para hacer un ídolo, se necesita un escultor, y para derribarlo basta un martillo.

Error evidente. Yo sé de quién desenterró un fetiche, y cuando vió que no milagrecaba, trató de destruirlo. Y se encontró con que los mismos que se burlaban del fetiche al principio, se volvieron airados contra el que lo había resucitado.

Abstengámonos hoy de crear ídolos en la confianza de que nos será fácil derribarlos mañana.

Debe ser terrible el dolor que se experimenta no sacando ningún bien del mal que se ha hecho.

Los jesuitas no conocen ese dolor: siempre sacan algo del mal que causan; dinero en primer término.

Por esto son incansables é implacables.

Creo que los republicanos no debemos en estos instantes establecer la división de revolucionarios y no revolucionarios.

Las patentes de revolucionario se dan en las barricadas, en el campo, en el presidio, en el destierro, ó en el cementerio; y como los que ahora las exhibimos no hemos ido por ellas á esas oficinas (salvo alguno que otro desperdigado, con honores ya de momia), carecemos de autoridad para negársela á nadie y de derecho para ostentarla nosotros.

Enderecemos nuestros esfuerzos á la acción común, y dejémoslos de ostentaciones que resultan ridículas, por ser falsas.

Hoy por hoy, todos tenemos consignado en nuestras hojas de Hechos: *Valor revolucionario: se le supone.*

Y siendo así, no hay para qué alardear ninguno de especialista en revolución.

Señores que viven divinamente á cuenta de si Cristo fué crucificado hace veinte siglos, multitud de bribones que medran á la sombra de aquéllos, y millones de tontos que pagan el pato que unos y otros se comen... Estos son los que hoy dicen que rinden culto á la religión católica en España.

Así se explica que apelen á todos los medios para difamar, perseguir y anonadar á cuantos vierten ideas que pueden poner en peligro las sagradas creencias de su estómago.

Tengo un amigo que ha dado en la más extraña manía que diera hombre alguno: la de no saludar á nadie que no juzgue indiscutiblemente honrado. Y, claro, la mayor parte de los días regresa á su casa sin haberse llevado ni una vez siquiera la mano al sombrero.

—¿Qué tal hoy? le pregunté ayer.

—Peor que nunca. Verdad es que estuve toda la mañana colocado á la puerta de una iglesia viendo entrar y salir la gente que iba á misa.

En el periodo revolucionario, hasta los mismos conservadores, gentes de anchas tragaderas, se escandalizaban por los secuestros de mala muerte que se realizaron en Andalucía. ¡Lo que se habló de la huerta del tío Martín!

Hoy cada convento, cada asilo, cada residencia de jesuitas es, no una huerta, una dehesa de secuestros, y todo el mundo lo encuentra muy natural.

Una diferencia existe entre aquellos tiempos y los presentes.

Entonces se fusilaba á los secuestradores...

Hoy se les protege y ampara.

Indudablemente España no se civiliza.

La plaga mayor de España son los demócratas que protegen á la Iglesia. Ellos hacen posibles todas las reacciones.

Nunca me cansaré de repetirlo. ¿Demócrata y católico? Mentira; ó se es una de las dos cosas, ó ninguna. ¿Pero ambas á la vez? Imposible. Les convendrá aparentarlo, vivirán de eso; pero será una farsa indigna.

Es en lo único que estoy conforme con los neos más rabiosos.

Los carlistas tienen una policía mejor organizada y servida que gobierno alguno: el clero, las órdenes religiosas y las hermanas de la caridad.

Ella busca por todos los rincones de la península á cuantos por sus antecedentes y conducta ofrecen motivos de sospecha á la reacción; los vigila constantemente, los persigue en las sombras, los sitia por hambre; se apodera por medio del confesonario hasta de los más recónditos secretos del hogar; lleva y trae órdenes de organización y propaganda; esconde armas y municiones en los conventos é iglesias; ayuda, en fin, al carlismo con toda clase de recursos y por todos los medios.

Vigilemos, pues, á la policía carlista, convirtiéndonos cada uno de nosotros en agente secreto... de la libertad.

Mucho han celebrado los reaccionarios esta definición irónica que dió un magistrado inglés, acerca de las ideas de la escuela jacobina:

«Cada cual hará lo que quiera y lo que le parezca; y si no lo hace, se le obligará á ello.»

Yo acepto la definición en el sentido recto y la parodio así:

«Cada español será demócrata, ó no lo será, á su elección; pero al que no lo sea, se le obligará á serlo.»

Y ¡viva la libertad!

No está el mal en que se prodiguen sin ton ni son los adjetivos, alabando ó censurando; lo falso no prevalece, y las reputaciones adquiridas ó el descrédito alcanzado por ese medio jamás llegan á consolidarse. El mal está en que el individuo á quien endosan un calificativo que le agrada, se cree luego obligado á justificarlo por cualquier medio.

Como las mujeres que al verse alabadas por sus ojos, su boca, su garganta, su talle ó su pie, hacen converger todas las miradas hacia aquellos puntos sin temor al ridículo y en ocasiones á expensas del decoro, así los hombres que se ven calificados de un modo que les agrada, lo sacrifican todo al afán de merecer la cualidad que se les atribuye.

Mucho cuidado, pues, con calificar de manera que les agrade á los políticos que empiezan, ya que nos reventaron tan á su sabor los antiguos por justificar los adjetivos que les aplicamos.

Me pide un amigo que proponga á los liberales y republicanos lo siguiente:

No surtir de nada en tiendas, almacenes, ni fábricas de los clericales, como los clericales no se surten de nada en las de los liberales y republicanos.

Propuesto queda, mas no se llevará á la práctica. Del mismo modo que muchos de los nuestros, sin creer en nada, van á la Iglesia para que los tengan por católicos, irían á surtir á los establecimientos de los clericales.

Créame ese amigo: no está el mal precisamente en lo que los clericales hacen, si no en lo que dejamos de hacer nosotros.

La República, venga hoy, venga mañana, ó será anticlerical, ó no será.

O librará á España de las órdenes religiosas y del yugo de la Iglesia, ó no tendrá razón de ser, y morirá en breve.

Resuelta esta cuestión, quedarían otra porción de ellas resueltas por sí solas.

Los republicanos que no lo entiendan así, prepárense para recibir grandes disgustos.

Habíamos de aconsejarle todos al pueblo que transigiese con el clericalismo, y nada conseguiríamos.

Está decidido á acabar con él, y acabará en cuanto la ocasión se le presente.

¿En qué forma? No me importa, y, por lo tanto, no me cuido de averiguarlo. En la que él quiera.

En este punto soy partidario decidido de las autonomías individual, municipal, provincial y regional.

Me dice un carlista en forma apropiada á sus ideas, esto es, cerril:

«Se haría usted la tal y la cual, porque en el momento que la República se implantara, nosotros pondríamos á nombre de otro nuestras fincas, y cuando fuera á embargarlas la canalla republicana, se encontraría chasqueada.»

¡Qué bruto es el amigo! Una de las primeras órdenes que la República daría, si mi opinión prevaleciera, sería ésta:

«Desde el día de la fecha no se anotará ni una transmisión de dominio en el registro de la propiedad.»

Contra siete vicios hay siete virtudes.

Con que á prevenirse, carlistas de buena posición. No diréis que no os aviso lealmente. Y con tiempo.

¿Cómo debieron divertirse los frailes con nuestras tatarabuelas! Se conoce que las benditas señoras tenían tan mal gusto como ansias de macho.

¿Que en qué me fundo para ofenderlas tan brutalmente? En la teoría del salto atrás.

Aconsejo, por lo tanto, á ciertos republicanos y demócratas, que se rasquen con cuidado la cabeza, no haga el diablo que les reaparezca el cerquillo que usaron sus bisabuelos, y que lleven ellos oculto tras un ligero barniz de progreso.

Y pienso que lo llevan, al ver que siempre que hablan de la Iglesia emplean argumentos con tonsura.

No debe en política desdeñarse elemento alguno; cada fracción y cada hombre representan un valor positivo. Mas tampoco debe exagerarse la importancia de quienes tienen poca.

Esto los ensoberbece y les impide prestar á la causa aquellos pequeños servicios que pudieran hacer olvidar su escasa valía.

MENTIRA OFICIAL

Varios periódicos dijeron á raíz del combate del 27 de Julio en el Riff, que había tenido el Ejército más de 500 bajas.

El gobierno y los periódicos conservadores lo desmintieron indignados, insultando á los que lo decían, y presentando como telegrama del general Marina la nota siguiente:

«Las bajas entre muertos y heridos de oficiales y tropa comprobadas hasta ahora, pasan de doscientas.»

Los periódicos insistieron y el gobierno publicó esta otra nota:

«Al tener noticia el general Linares de que había circulado el rumor haciendo ascender á 700 las bajas del combate del 27, pidió inmediata rectificación, y anoche la recibió de Melilla.»

El general Marina le dice que el número de bajas es, en total, el que él enumeró, ó sea alrededor de unas 300 entre muertos y heridos.

Ahora se han publicado los datos oficiales, y resulta que las bajas fueron: un gene-

ral, 68 jefes y oficiales y 978 individuos de tropa: total, 1.046 bajas.

Si en esto, que debía comprobarse tarde ó temprano, mintió aquel gobierno con tal descaro, secundado por los periódicos clericales, ¿cómo no creer que faltó á la verdad al darnos por aquellos mismos días la noticia de las víctimas que había habido en Barcelona, á sabiendas de que no existía posibilidad de comprobarla?

Gobernar mintiendo y defenderse calumniando, fué siempre la especialidad de los clericales.

Supongo que los futuros diputados republicanos tocarán este punto en cuanto juren el cargo. Es quizás el más abrumador que puede echarse encima á los que engañaron á España al dar cuenta de las bajas habidas en el Barranco del Lobo.

Declaración innecesaria

Ha muerto Leopoldo, el rey de los belgas, célebre por sus aventuras galantes, sus crueldades en el Congo y su avaricia.

Un diario francés da de este modo cuenta de su muerte:

«La oración fúnebre de Leopoldo puede condensarse en estos términos:

Murió «Cleopoldo»; la tierra le sea más leve que su corona; deja 800 millones de francos; cada moneda de cinco céntimos de esa fortuna colosal representa una gota de sangre humana. ¡Llorad por ella!»

Le Soir, de Bruselas, dice que en el testamento del rey se lee: «Muero en el seno de la religión católica.»

No necesitaba haber hecho constar esto. Siendo como era, y habiendo vivido como vivió, no podía por menos de ser católico.

¿Eche usted curas!

Datos de un clérigo muy ilustrado:

«Sobra clero como sobran frailes; aunque no hubiera ninguno de éstos, el número de presbíteros excede, con mucho, á las necesidades.»

Hay obispos, como el de Vich, donde se cuenta un sacerdote por cada treinta ó cuarenta legos; otros, como los de Barcelona, Burgos, Avila, Pamplona, Vitoria, Oviedo y varios de esa clase, en los cuales hay tres veces más clero del necesario y un número aterrador de religiosos.

Sin embargo, los obispos que esto saben y tocan, ordenan cada año multitud de nuevos presbíteros en doble proporción de los que fallecen.

Pues, señor; si á los que son católicos, y admitan todo aquello que cree y enseña su santa madre Iglesia, y además son presbíteros, les parece que hay ya muchos de su oficio, y muchos frailes, ¿qué no me parecerá á mí?

Una nota se da en el segundo párrafo, que me pone la carne de gallina: la de esos feligreses que sale cada uno á un tres y pico por ciento de cura. ¿Cómo vivirán los infelices? Lo verán todo negro. ¡Qué tristeza!

¿Y cómo se las arreglarán para mantener entre treinta ó cuarenta un padre de almas? Y que suelen tener buen diente los malditos.

La verdad es que cuanto se relaciona con la salvación del alma está muy oscuro...

Y huele á queso, cuando el presbítero está cerca; porque como son pocos los que se lavan...

Mis alegrías

Palabras de Jesús, según San Lucas, capítulo VI.

«¡Ay de vosotros, cuando os bendijeren los hombres, porque así hacían á los falsos profetas los padres de ellos!»

Lo que yo parodio de esta manera:

«¡Ay de mí si me bendijeran curas y frailes, porque eso hacen con todos los bribones que les dan dinero!»

Por esto se comprenderá lo que gozo con los insultos, calumnias y anatemas que me lanzan curas, frailes y beatuchos.

El día que no saboreo alguno, me digo: «Si se habrán propuesto que muera de tristeza?»

Afortunadamente entran al año pocos días de esos en libra.

Porque bien en la prensa, bien en anónimos, saboreo á mi placer anatemas, calumnias é insultos.

La obrera y el convento

El enemigo más grande de la mujer es, en los países católico-romanos, la mujer misma, cuando está dominada por el fraile; y á esa mujer frailería y jesuitica, verdadera potencia omnívota en esta monarquía clerical, debe la mujer trabajadora la profunda crisis que hace tiempo atraviesa.

Grande es la fuerza del monaquismo; pero se vería muy limitada en su acción si le faltase el apoyo de la «dama católica», organizada por el jesuita en cuerpo volante de propaganda, de policía inspectora, de auxilio y de todo género de coacciones.

Con el convento de monjas ó beatas no hay competencia posible. Lo hemos dicho ya, y lo repetiremos incesantemente: el convento no paga contribución, ni casa, ni salarios, ni consumos, ni patentes, ni arbitrios municipales ni el agua de sus fuentes, ni licencia para hacer obras, ni nada, en una palabra, de lo que obliga á todo comerciante ó industrial.

El convento dispone, como medio para la propaganda, del pú pito, del confesonario, del jesuita, del elemento oficial, del periódico neo, á veces del mismo liberal, y á todo eso hay que agregar la aureola que para los necios rodea á la monja, y la aco-metividad extraordinaria, por no decir la sinvergonzonería de aquélla, que nada respeta, lo invade todo sin miedo á traba alguna, y en todas partes es recibida con veneración que le permite hacer su papel de pobre, de víctima, de santa y abnegada, conmoviendo la sensibilidad tonta del rico estúpido y el corazón extraviado de la mujer creyente. Respecto de ésta, se da un fenómeno singular, de muy pocos observado.

Ya Drumont había dicho: «La mujer es para la mujer más que un lobo, *mulier mulier lupini*»; pero hablaba en tesis general. Particularmente, en la mujer católica el indicado fenómeno consiste en que, nacida para el amor y la maternidad, siente un desprecio profundo hacia la mujer que ama y hacia la madre; desprecio insano que arranca del que se tiene ella á sí misma y en que, simultáneamente, profesa una veneración irresistible, avasalladora, imponente, ante la mujer que no ama ni es madre, porque no quiere serlo, ni amar, ni vivir en la familia, y si pudiera, ni en el planeta.

Esta espantable aberración que produce el romanismo, deformando los corazones mulieres mediante el abuso del tipo femenino, Virgen, madre de Cristo, y el ideal estéril de una llamada pureza, ofensiva para la obra de Dios, para la santidad de la madre y para la vida humana entera, explica sobradamente esa adoración ridícula é insensata que la dama católica tributa á la monja zafia, arrastrándose á sus pies, compadeciéndola, aunque la vea rolliza y satisfecha, y haciéndola objeto de todos sus sentimientos, de todas sus generosidades.

Con ese auxilio puede la religiosa llevar á los hogares de las obreras el hambre y la miseria, la humillación y el desprecio. Ahí está la causa de esa crisis tremenda que hace gritar á las trabajadoras de Barcelona, de Madrid, de Burgos, de Avila, de Bilbao, de todas partes:

—No podemos más; los conventos nos quitan todo el trabajo. Mal se pagaba antes; pero ahora viene la monja, ofrece sus talleres inmensos á precios increíbles, y los comerciantes, los industriales, los establecimientos de beneficencia, los cuarteles, los asilos, las empresas que tienen dependientes uniformados, las iglesias y los particulares, les dan toda la labor antes confiada á nosotras.

Este grito de la desesperación es una verdad terrible, consecuencia de la obra realizada por las damas católicas, mujeres de los palacios, de los gobernantes y de los próceres, que no hacen sino lo que ellas quieren y ellas lo que les mandan el jesuita y la monja.

Ellas sostienen con su bolsillo esos conventos y esos asilos. Allí la monja reúne á las hijas de los mismos pobres á quienes ha dejado en la miseria, les da un rancho de presidiarios, un camastro y cuatro guñapos con que cubrirse; todo nada le cuesta, porque lo pagan las señoras, que ya no tienen pobres, ya no hacen otra obra de caridad que esa, enriquecer á la monja.

Esta manda trabajar como bestias á las pobres asiladas, muertas de frío y de hambre; les pega, las mete en calabozos, les hace contraer oftalmías, anemias, tisis y escrófulas; las estruja como un negrero á sus esclavos, á fin de obtener así un trabajo forzado muy productivo, como que además de no tributar, no cuesta ni la mano de obra ni á veces la misma primera materia, que de limosna dan las señoras.

Son éstas las primeras clientas de esos talleres y las primeras propagandistas. Van de tienda en tienda, recomendando á sus monjitas; abordan á los ministros, á los directores, á los jefes militares, á los altos empresarios y, ya se sabe, les amenazan con su indignación y su influencia sino las atienden. Con los periodistas (salvo nosotros, los canibales de la prensa radical) hacen otro tanto, sin parar hasta obtener el artículo, la información sobre las pobres monjitas, que tan bien dan de almorzar al reportero que las visita por encargo de las damas, ó al menos el silencio y que no se inserten las quejas de las obreras, como en efecto, nadie las admite en los periódicos.

El cuadro es negro; no tanto, sin embargo, como la realidad de la mujer laboriosa española, de la madre que da hijos á la patria que siempre la tiene postergada, y ahora permite y fomenta que le arrebató el pan de la boca la extranjera, sordida sin entrañas, y la indígena gandula y bigarda, que, como las arañas, vive de la sangre del pobre que trabaja y que produce. De fuera ha venido quien de casa nos ha echado. ¿Habrá motivo suficiente para ligarnos contra ese factor constante de la miseria?

JOSÉ FERRÁNDIZ

Zurdo Olivares

Separado de la sociedad, recluso en una celda como si fuera un ser peligroso, vive nuestro querido amigo y excelente compañero sin que los continuados esfuerzos de infinidad de personas logren ablandar el rigor de las leyes restituyéndole á los suyos, al cariño del pueblo, al cual consagra todo su valer y la energía toda de su voluntad. Es preciso que Zurdo respire el aire oxigenado de la calle, que iluminen su frente los rayos estimulantes de la luz solar, que le vean y abracen sus correligionarios.

Dicen sus detractores que ha cometido yo no sé qué horrendos delitos; pero los que le conocemos, los que hemos escuchado de sus labios sus altas aspiraciones y apreciado sus nobles y levantados sentimientos, achacamos sus desventuras á la suma de amores que atesora su generoso corazón. ¡Amar, amar intensamente, amar con locura el ideal de progreso, de cultura, de humanidad... ese, ese es su crimen!

Enamorado de lo justo, canta á la igualdad ante la ley; enamorado del progreso, canta á la República; enamorado del pueblo, canta á su regeneración y á su cultura; enamorado de lo bello, canta á Esperanza, su malograda hija, encarnación del amor humano, real; enamorado de lo sublime, canta á la redención de la humanidad.

Es necesario pedir reiteradamente la ex-carcelación de Zurdo de Olivares, es preciso que cuanto antes sea devuelto á su hogar para consuelo y amparo de su compañera que llora amargada su ausencia, traspasado el corazón de dolor y acosada de cerca, de muy de cerca, por el sarcástico espectro de la miseria.

¡Piedad, mejor, justicia para Zurdo Olivares! ¡Qué salga, que salga pronto de la cárcel!

JAIME MORÉ

Barcelona.

“Pues, pues...”

Carta dirigida por la abadesa de Lasarte (Guipúzcoa) á un agente electoral que habita en una casa propiedad del convento.

«V. J. M. y B.

RECOLETAS BRÍGIDAS

Lasarte y Diciembre 8, 1909.

Muy señor mío: Como la otra vez le encargué votara usted y usted lo que hizo es no solo votar, sino trabajar en contrario; pues le digo á usted que si yo llego á saber que ha trabajado usted contra el partido del Sr. Ubarrechena le despediré de casa y no me escriba usted, pues no le atenderé, pues como católicos estamos obligados á obedecer al Santo Padre que lo manda así.

Su att.

Abadesa.

Aparte la intención miureña, consideremos el escrito en su ausencia de ortografía. ¿Pero qué digo de ortografía? De gramática y de sentido común. No hay carta de Villamelón que se redacte tan pedestremente.

Y esas superiores monjiles son las que dirigen á una comunidad, con ó sin ayuda del Espíritu Santo, y son, tal vez, las maestras de las maestras de niñas que acuden á recibir la enseñanza á las casas de religión?

Pues, pues... si que tiene muchos motivos la marquesa de Olot para pedir al gobernador de Barcelona, en un mensaje plagado de 50.000 firmas (entre reales é inventadas), la clausura de las escuelas laicas.

En ellas se aprende a escribir con gramática y á respetar las opiniones ajenas.

Y á tener más consideración á los inquilinos.

El pan y el clero

He aquí que el arzobispo de París, un buen hombre, aunque parezca mentira, acaba de modificar la famosa frase del «pan nuestro de cada día» por otra más moderna, sujeta á los sabios preceptos del descanso dominical: «el pan nuestro del día anterior.» El buen arzobispo, desde *La Semana Religiosa*, ruega á sus diocesanos que se resig-

nen á comer el pan un poco duro para que los honrados tahoneros no trabajen de noche. Y así, de un golpe, gracias á las bondades de un hombre de Iglesia cariñoso, se transforma un tantico la fórmula secular de pedir pan las gentes devotas.

Pero al buen arzobispo de París se le pueden perdonar estas novedades que introduce en las peticiones al creador de todo lo que existe. El arzobispo de París es un buen hombre, cuyo rostro recuerda la cara afeitada de los huertanos de Murcia y Valencia, y todo su tipo hace creer que es un alma de Dios. Su mismo ruego á sus diocesanos comprueba la bondad de su carácter. Quién como él condesciende á pedirle á los fieles que transijan con el pan duro para que los tahoneros huelguen y se reposen de la pesada tarea, cuenta ya con muchos méritos para que todos lo amen. Hasta las feligresas más intransigentes, que antes se hubieran escandalizado al solo anuncio de que se las condenaba á pan duro, ahora pondrán buen rostro al ruego del eximio pastor y hallarán deleitoso y grato que se las regale de vez en vez muy á lo cristiano.

Pero no han de ser solas sus hermosas feligresas las que se congratulen del descanso nocturno que el buen arzobispo pide para los tahoneros. Tanto ó más que esas hermosas damas, mucho más exigentes por lo mismo que son francesas y tienen un paladar delicado, agradecerán estas innovaciones las esposas de los tahoneros, condenadas á no ver á sus maridos más que por el día. ¡Las bendiciones que recibirá de éstas el buen religioso! Con seguridad que son ellas las primeras en acatar las órdenes del excelente obispo y saborear á su gusto las excelencias del pan en cierto estado de dureza.

Hay quien relaciona estas prédicas del eximio hombre de Iglesia con el problema de la natalidad en Francia, y al efecto hizo una estadística de los tahoneros que, por serlo, duermen fuera de su casa. La estadística resultaba desconsoladora para el problema que tanto preocupa á la nación francesa. Los tahoneros, al constituir hogar, apenas si hacían progresar la población de Francia. Y el desocupado estadístico establecía que los matrimonios que no eran dueños de la noche, casi se podían considerar como nulos para los efectos de la propagación de la especie. Si el buen arzobispo leyó esas estadísticas y puso alguna atención en los comentarios que la acompañaban, es casi seguro que, como amante de Francia, pensó que restituyendo por la noche á sus hogares á los tahoneros, se labora por el bien común. Y de ahí, tal vez, surgió en él el pensamiento de recomendar á sus hermosas feligresas que depusieran sus enojos y transigieran con el pan duro. La recomendación ya se hizo, y ahora sólo falta saber si los franceses y las francesas, acostumbrados á otras delicadezas más agradables á su paladar, se familiarizan con ésta y salvan á su patria del conflicto que la amenaza.

GUSTAVO VIVERO

Canallada

Un periódico de Barcelona publica esta noticia:

«José María Barrios ha denunciado á su mujer, de veintidós años de edad, por estar reclamada por un juzgado con motivo de los sucesos de Julio último.»

Ese miserable está ya en condiciones de entrar en el cielo.

Ha cumplido al pie de la letra lo que la Iglesia, por conducto de la Inquisición, ordenaba en punto á delaciones.

Organización práctica

Cuando un pueblo se ve agobiado y amedrentado bajo el yugo de la burocracia y del caciquismo, y se encuentra con todas sus libertades coartadas, las injusticias se enseñorean, y los atropellos, las ignominias y las iniquidades cunden por todas partes. Oprimiendo y aplastando á todos los que trabajan y sufren, sucede lo que por ley natural tiene que suceder: que á los cerebros y corazones apáticos y faltos de energías suceden otros fuertes y viriles que rompen el látigo que los martiriza y sujetan la mano que los oprime; y como la afinidad en los átomos, así hay una fuerza interna, secreta, que une unos corazones con otros, y sus primeras manifestaciones son las de acabar con todo lo odioso, con cuanto se opone á la reivindicación del pueblo; y entre las ruinas de la desorganización aparece la organización, y al desorden se impone el orden, y á las injusticias, iniquidades y tiranías suceden la justicia, la rectitud y el derecho individual y colectivo.

Estó pasó en Francia, esto pasó en Rusia,

esto ha pasado en Barcelona, y esto hubiera pasado en España entera, de haber continuado el gobierno de Maura arrastrándonos hacia los verdugos inquisitoriales. Y esto debe impulsarnos á dar forma de estabilidad á la fuerza secreta que nos une, y que se manifiesta siempre potente al ver en peligro la libertad.

Aprovechemos estos momentos para dar, como he dicho, fuerza de estabilidad á nuestras energías, constituyendo organismos fuertes y duraderos, que trabajen á la luz del día y en la sombra, porque España figure pronto entre las naciones que buscan en la democracia su dignidad y su porvenir.

EMILIO GIMENO DE LA PARRA

Sádava.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

I

PRELIMINARES

Durante las revueltas pasadas y mucho tiempo después, fué objeto de grandes comentarios en Barcelona y en toda España el hallazgo de momias y esqueletos de monjas que el pueblo juzgó que pertenecían á víctimas de los secretos odios conventuales.

La mayor parte de los sediciosos ignoraban que las monjas de clausura son enteradas dentro de su convento. Por esto al hallar cadáveres dentro de sus muros creyeron de buena fe que pertenecían á religiosas atormentadas. Corroboró su creencia el ver á estos restos momificados con ligaduras en las piernas y en las manos y con alambres en la cabeza.

Con objeto de evitar los ladridos de la jauría clerical, yo, que soy un adversario noble y leal, no porque ella se lo merezca, que bien mal me paga mi exquisita imparcialidad, sino porque cada uno es como Dios le ha hecho, me anticipo á las disculpas y explicaciones de los clericales y digo: que es práctica en muchos institutos de monjas enterrar á sus muertos con una ligadura que sujete el hábito á las piernas y otra que sujete las manos, poniéndoles además en la cabeza una corona de flores artificiales. Todo esto se hace para que en el trajín y ceremonial del entierro no se levante el hábito y se descomponga la actitud reposada del cadáver; la corona de flores se les coloca como signo de virginidad. Muchas monjas se entierran con caja en fosas ó criptas; otras, la mayoría, sin féretro, en nichos ó alacenas empotrados en la pared y que tapan herméticamente con cal y ladrillo. Los restos hallados en tal guisa los juzgaron las turbas monjas emparedadas.

¿Lo eran? Yo no puedo afirmarlo porque no he visto tales restos, y, aunque los hubiera visto, carezco de la competencia científica necesaria para declarar á la simple vista de una momia si murió de muerte natural ó violenta.

Corrió el rumor de que algunas momias tenían clavos en la cabeza, otras la boca rellena de trapos y grillos en las manos y en los pies. Se asegura que se pasearon por las calles momias en tal guisa; ignoro lo que pueda haber de verdad en esto porque no lo he visto ni he hablado con nadie que lo haya visto; y es más: creo que la fantasía popular ha podido exagerar las cosas viendo lo que quizás no existía.

También se ha dicho que se hallaron en ciertos conventos cuartos pequeñísimos, sin luz ni ventilación, donde apenas cabía una persona, que carecían de puerta y á los que daba acceso una abertura de la pared. Las explicaciones que de estas habitaciones han dado las religiosas interesadas afirmando que eran despensas, depósitos de patatas, etcétera, no han convencido á nadie, como no han convencido los asertos de que servían para reclusión de religiosas dementes; ni nadie se explica para qué podía servir cierta cama empotrada en el suelo y la pared, cubierta de una plancha de hierro con orificios, y á la que estaba enchufada una cañería de gas que descendía á las habitaciones inferiores, donde se hallaba la llave de paso del fluido.

Está prohibido severamente el que residan dentro de los conventos monjas y frailes dementes, que perturban la vida de la comunidad y ponen en peligro la existencia de sus individuos; por este motivo se hallan llenos los manicomios de frailes y monjas locos; los que se quedan dentro del convento no lo están, aunque pasen por tales, y se les retiene allí porque se considera nocivo que salgan afuera.

No siendo los conventos manicomios, huelgan esa especie de calabozos; y si alguna religiosa sufre la molestia de no poder retener su orina, para secar y ventilar su lecho lo que se usa en todas partes es airearlo, sacarlo al sol y lavar las ropas á menudo, pero no hay memoria de que á nadie se le haya ocurrido tostar los cochetones y sábanas, poniéndolos encima de una plancha de hierro que está abrasando, caldeada por numerosos y diminutos mecheros de gas.

Las Noticias, con ser un periódico tan conservador y clerical, se quedó perplejo al tratar este asunto, y no supo darle explica-

ción. Para cortar por lo sano, dijo que las turbas, con el fin de desacreditar a las monjas, habían colocado aquella cañería de gas, habían perforado el suelo y la habían enchufado a la cama, etc.; todo esto en los apuros y atropellos de un incendio. Mas los testigos presenciales dijeron que todo aquello estaba perfectamente hecho, y desde hacía tiempo, y con todos los signos de uso regular y no improvisado.

En todos los asilos y hospitales hay numerosos enfermos que durante la noche tienen la debilidad de orinarse en el lecho, y en ninguno de ellos está en uso la famosa cama-asador, de la que tenían patente y uso exclusivo ciertas monjas ricas de Barcelona.

Resumen: Yo no puedo afirmar que en los conventos incendiados en Barcelona se hayan encontrado pruebas de que en ellos se practicaba el tormento; pero sí afirmo y sostengo que en todos los conventos se puede atormentar a la monja ó fraile que designe el superior ó superiora; y esto no en virtud de ningún abuso ni atropello, sino en exacto cumplimiento de sus leyes, constituciones y reglas, en todas las cuales está instituido el tormento, la cárcel perpetua y hasta la muerte para castigo de culpas ó transgresiones; y esto no á escondidas y burlando la autoridad eclesiástica y civil, sino fíctici, solemne y públicamente, con entera independencia de los obispos y de los magistrados, con aprobación del Papa y de la Iglesia, que les ha reconocido y otorgado estas facultades extraordinarias, y con la complicidad y visto bueno de todo Estado y Gobierno que los tolera dentro de sí y que ha reconocido la licitud de las reglas y constituciones por que se rigen los Ordenes religiosos y los conventos, reglas y leyes que el Estado no puede alterar, variar, mitigar ni suprimir por carecer en absoluto de jurisdicción alguna sobre los conventos, según doctrina que establece la Iglesia y que reconocen y admiten todas las naciones católicas.

Por consiguiente, no se va á tratar en estos artículos de demostrar si en tal ó cual caso atormentaron los frailes ó monjas, sino á probar claro como la luz del día que pueden atormentar cuando les dé la gana, en uso de su perfectísimo derecho; y esto lo pueden hacer, y lo hacen, sin que ninguna autoridad civil les ponga coto (en países católicos, por supuesto). Por eso pudo muy bien escribir un fraile, el P. Spatarius, franciscano:

«Ningún seglar, aunque sea rey ó monarca, es juez competente del regular (del fraile).»

La materia es tan fecunda como interesante é instructiva, y yo la desarrollaré siguiendo paso á paso la doctrina de la Iglesia, sin apasionamientos sectarios de ningún género, y con la imparcialidad y buena fe que campean siempre en mis escritos.

El lector, aunque disienta de mis ideas, reflexione, compare y juzgue.

FRAY GERUNDIO

Jornadas largas y salarios cortos

Quéjense muchos patronos de las pretensiones desmedidas de sus obreros, y aseguran que con tanta reclamación y con tanta huelga lo único que se conseguirá es paralizar la industria y cegar una de las más importantes fuentes de riqueza. Y no falta quien dé la razón á esos patronos, y diga:—Los industriales están en lo cierto, ¡qué diantre! Los obreros no se satisfacen con nada. Si hoy les sube usted el jornal, mañana solicitan un nuevo aumento. Si usted les reduce la jornada, al día siguiente ya les parece demasiado larga y piden una nueva reducción. Jamás están contentos. ¿Qué país! De ese modo, ¿cómo ha de haber industria? Saben los que, echándose las de economistas, dicen eso en qué condiciones vive y trabaja el obrero ruso? En la grande industria, en las fábricas, en las grandes capitales, en San Petersburgo, en Varsovia, el término medio de la jornada de trabajo es de 11 á 12 horas. Si á esto se añaden las horas suplementarias que el patrono, amparándose en la ley, hace obligatorias, la jornada de trabajo dura ordinariamente en Rusia de 15 á 16 horas. Téngase presente que esto ocurre en la grande industria, en las regiones adelantadas. En la pequeña industria y en los trabajos que se efectúan á domicilio la jornada, brutal, abrumadora, alcanza á veces, con insignificantes interrupciones, toda la extensión del día natural. En la misma grande industria del trabajo nocturno es cosa corriente; en el 69 por 100 de las fábricas de algunas regiones se trabaja de noche, en las peores condiciones higiénicas.

En cuanto á los salarios, en la región de Moscou los adultos varones ganan al mes 37 francos, las mujeres 27; los adolescentes 19 francos, las jóvenes 17; los niños y las niñas 13 francos. Algo más elevados son los salarios en San Petersburgo y en Varsovia, pero no mucho. El término medio al mes oscila siempre entre 30 y 60 francos. Y no digamos nada de la pequeña industria y del trabajo á domicilio. En la región de Moscou hay 10.000 mujeres ocupadas en la industria del algodón que ganan 23 céntimos al día y trabajan 18 horas. En otras regiones hay pobres niños que ganan al día 15 céntimos.

En Rusia, las huelgas son de fecha muy reciente. Hasta hace poco tiempo los obreros, embrutecidos por las jornadas de 20 horas y los salarios de 12 rublos al mes, no se cuidaron de protestar. Vivían resignados, como vive un asno.

Danse, pues, en Rusia, todas las circunstancias que desean ciertos patronos: salarios cortos, jornadas largas, ausencia de huelgas, etc. Y bien ¿es por eso Rusia un país industrial de primer orden? ¿Se nada allí en la abundancia? ¿Ha hecho allí el trabajo las maravillas que en otros países de Europa y América? ¿Se cuentan las fortunas por billones como en los Estados Unidos?

Lo contrario es precisamente la verdad. Rusia es un país pobre, un país atrasado. La industria está allí en mantillas. En cambio, triunfan en la concurrencia internacional Inglaterra, donde la jornada corriente es de 8 á 9 horas y donde se pagan los salarios más elevados de Europa, y los Estados Unidos, donde hay ciudades en que un carpintero gana 3 dólares al día.

ALVARO DE ALBORNOZ

Instrumentos... místicos

En las pasadas elecciones fueron detenidos, al querer votar en un colegio ovetense, un presbítero y un seminarista que iban armados, respectivamente, aquél de una llave inglesa, y su aprendiz, de una navaja de afeitar.

¿Cómo las gastan los religiosos!

¿Ni en el huerto del Francés!

Entre cómicos

Hace pocos días debutó en Palencia una Compañía dramática, y como el director artístico no se pusiera á disposición del cabildo eclesiástico y de las socias del Corazón de Jesús para hacer el repertorio que ellos indicasen, se conjuraron contra los cómicos, y los infelices vieron todas las noches casi vacío el teatro.

La última noche anuncian el drama *Electra*, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver el local lleno! No cabían en sí de gozo.

Mas ¡ay! á los dos ó tres minutos de haber comenzado la representación, comenzaron á tocar tan furiosamente todas las campanas de las iglesias vecinas, que los cómicos no podían hacerse oír. El público protestó indignado, y tal escándalo se armó, que hubo que suspender la representación por más de una hora.

Y lo más gracioso fué, que al día siguiente un papel de retrete (no higiénico) que se publica en aquella ciudad, dijo que aquel horrible campaneo había sido castigo de Dios por representarse obras de aquella clase.

No; aquello fué sencillamente una competencia entre cómicos; los que están siempre en escena, y los que sólo están tres horas al día; los que cantan cuando lloramos, y los que declaman para distraernos.

Por lo demás, no deja de regocijarme el que las gentes no se fueran del teatro laico al oír las campanas del religioso; esto me prueba que vamos estando todos en el secreto.

¡Ya es ver!

El obispo de Barcelona en su palacio, dirigiéndose á las Asociaciones católicas:

—Veo en vuestros rostros inequívocas muestras de satisfacción, pero al mismo tiempo veo que no se han borrado de ellos las huellas del sentimiento producido por los tristes y sacrílegos sucesos de la semana trágica. Veo también que todos me interrogáis con la mirada, como preguntándome: ¿Qué nos hacemos?

Y exclamó un chusco:

—Lo que *vul*.

Y otro añadió:

—¿Pero cómo verá el señor obispo en nuestros rostros tantas cosas contrapuestas?

—Sí, hombre—le respondió un oyente ladino;—estos señores están acostumbrados á ver lo que no existe; y si no lo ven, hacen como que lo ven, y se lo cuentan á los bobos en esa guisa. Ven una cosa blanca, que al mismo tiempo es negra; ven á un hombre, que es también Dios; ven una persona dividida en tres, que substancialmente es una, divisible é indivisible. Por esto no es extraño que el obispo vea á la vez la satisfacción y el sentimiento trágico en el rostro de sus oyentes.

RECTIFICACION

En papel con este membrete: *Fraternidad Republicana, Tarragona*, se me pide, bajo la firma E. Díez Rosell, que rectifique la noticia de haber triunfado las izquierdas en

la capital, por no ser cierto. El triunfo en la elección pasada y en la anterior de concejales fué para una candidatura proclamada en un mitin presidido por un tal Balcells, canónigo de aquella catedral.

Complazco al que me escribe, y le digo: Leí en la prensa que en Tarragona habían triunfado las izquierdas, me alegré y lo consigné.

¿Que no es así? Lo consigno y lo siento.

Piedad y corrupción

Decididamente nuestra aristocracia se hace cada vez más piadosa. No cabe duda alguna en este punto. Por las mañanas llena la iglesia de los jesuitas; por las tardes se congrega en piadosísimas juntas; practica devotamente los ejercicios espirituales de San Ignacio; contribuye espléndidamente á todas las obras de la mayor gloria de Dios; lee novelas y libros que componen personas religiosas y limpias aun de la menor sombra de heterodoxia, y de todas maneras da señales de su fe inquebrantable y acendrado espíritu religioso. Por eso tiene el paladar tan delicado en materias de moralidad.

En los teatros elegantes hace suprimir las frases que pudieran empañar el terso espejo de la inocencia virginal; en los periódicos no quiere de ninguna manera que se ataque á los frailes y monjas, portaestandartes de la causa de la moralidad; en las calles pide á grito herido que se supriman los pregones que anuncian los frutos de una literatura malsana, y en todas las manifestaciones de la vida social demanda la más acrisolada pureza.

Pues bueno; la aristocracia necesita hoy como nunca que vengan algunos misioneros con barbas hasta la cintura, cordón de nudos, pies descalzos y voz estentórea á convertirla al cristianismo, así como suena, al cristianismo, porque nuestra aristocracia no es cristiana y además está haciendo buenas todas las aberraciones, las molicies y vergüenzas del imperio romano.

Es un verdadero espanto ver cómo los jesuitas, á cambio de unos miles de duros para sus colegios ó sus residencias, han hermanado esa piedad de oropel, esas comuniones reparadoras y esos apostolados de la oración con todas las miserias, todas las hipocresías, todos los vicios y todas las infamias.

Siempre ha habido miserias, siempre las riquezas han sido incentivo de las pasiones y acicate para que las gentes corran por el camino de la corrupción; pero nunca como hoy las niñas pertenecientes á las clases más elevadas de la sociedad han llegado á avergonzarse á los hombres con sus procacidades y sus bromas indecentes.

Nosotros presenciámos no hace mucho un tresillo en que varias doncellitas cristianas hablaban de cortarle no sé qué á un pollo.

En ningún tiempo las mujeres casadas han hecho alarde como ahora de sus *llos* escandalosos. «Marquesa, decía cierta señora encopetadísima delante de nosotros. ¿Quiere usted venir esta noche al Teatro Real conmigo?—No puedo, contestó la interpelada, porque no tengo ya tiempo de avisar á Paco.» Paco era su amante; ella era casada, y el diálogo se sostenía delante de varias personas.

En Madrid pasó hace pocos años á ser una institución un necio, esteta, muy gordo y muy antipático, el cual tenía puesto un lujoso piso, amueblado á escote por sus amigas, todas ilustres tituladas, en el cual piso hallaban seguro y cariñoso albergue amores más ó menos volcánicos, que dificultaban de un modo horrible el que unos cuantos maridos pudieran ponerse *el sombrero*.

Eso sí, en aquella casa sucedía con frecuencia que al sonido de los besos del adulterio se mezclaba el de los rosarios de cuentas gordas que pendían de las muñecas de aquellas jesuitas y religiosísimas Mesalinas.

He ahí, pues, el símbolo de nuestra sociedad aristocrática:

Una imagen de la corrupción abrazada á otra de la piedad.

GIL BLAS DE SANTILLANA

El padre Matías

El padre Matías es un sabio dominico que da conferencias en Salamanca.

La última versó acerca del clericalismo y el laicismo.

Y dijo el padre Matías, entre otras cosas:

«Puede recibirlas el católico verdaderamente—las libertades nuevas.—Como derechos, como principios, no; como hechos, sí. La tesis y la hipótesis resuelven este problema; el católico verdad recibe esas libertades en hipótesis, como algo que le imponen las circunstancias; no en tesis.»

¿Qué tal, han entendido ustedes el parrafito? Pues quiere decir que los antiguos inquisidores se han vuelto jesuitas. Admiten

la libertad *pro modis vivendi*, y van tirando de su carroza hasta que la puedan volcar.

El sabio padre Matías prosiguió su discurso enredándose en un galimatías, para demostrarnos que el café puro integrista no es igual al café con leche del liberalismo católico; y todo el mundo salió de la conferencia completamente desvelado, pero aturcido.

Unamuno estuvo al paño con su semblante mefistofélico. ¿Qué pensaría el rector de la Universidad salmantina mientras duró la conferencia? ¿Tomaría al día siguiente algunos centigramos de «piramidón»? Porque las tesis y las hipótesis, y otros terminillos peripatéticos embrollados por el padre Matías, son capaces de producir una hemisferia al cerebro mejor organizado del mundo.

En fin, que de esos actos se sale como el negro del sermón: con los pies fríos y la cabeza caliente.

Así, lo mejor es no asistir á ellos.

La subvención de las escuelas

Mal andaban los clericales de adeptos políticos, de argumentos y de fe, cuando apelaron, en vísperas de elecciones, al manoseado tema de la enseñanza, creyendo cazar incautos con el celestial espejuelo de la moral cristiana, que ¡ay! tan perniciosos resultados ha producido explicada por Molinos, por el P. Claret, por Gury Larraga y Alfonso María de Liguorio, según la vemos compendiada en el Catecismo del P. Arcos, en la Confesión general del P. Jaén y en todos los devocionarios donde se parafrasean los mandamientos, ingeniendo fórmulas para examinar las conciencias, tan peligrosas como éstas:

«Si ha sido tercero ó encubridor.

Si ha enseñado á otros modos de pecar.

Si ha usado afeites con mal fin...»

Y no continúo, en obsequio á la decencia, discurrendo con los místicos por el sexto mandamiento, y también por temor á la denuncia, contentándome con remitir á los padres de familia á los textos que andan en manos de sus hijas, para que comprueben la verdad de lo que apuntado dejo.

Esta moral que llaman cristiana, y que ni es cristiana ni es moral, ha producido en las escuelas que bajo la bandera católica quieren cobijarse, la más escandalosa corrupción de menores y los más horrendos crímenes, empezando por el regicidio y concluyendo por el parricidio. Y como jamás escribo sin documentarme, he de recordar, sin rememarme mucho, que D. Martín Merino, que atentó puñal en mano contra la vida de D.^a Isabel II, era sacerdote habilitado de toda clase de licencias y en el pleno ejercicio de su ministerio. D. Cayetano Galeote, que asesinó al primer obispo de Madrid, D. Narciso Martínez Izquierdo, también era cura y decía misa. Cura económico de Humanes era D. Manuel Sacristán y maestro de escuela católica, y estuvo seis años en presidio por corrupción de menores. Seminarista del de Madrid era aquel bravo que en la santa y moral casa, la emprendió á puñalada limpia con el vicerector. También era seminarista, el que en la provincia de Salamanca asesinó á casi toda su familia. Escolapios, Salesianos, Maristas ó Hermanos de la Doctrina Cristiana han desfollado en gran número por las columnas de los periódicos y por los tribunales de justicia, acusados de atentar al pudor de sus discípulos.

Esto en cuanto al quinto y al sexto mandamientos, que en el séptimo sería cosa de nunca acabar, sin ahondar en las captaciones de herencias, timos milagrosos, aguas terapéuticas, sellos con miniaturas de santos, apuestas amañadas, robos evidentes que se perpetran con el más escandaloso descaño y concluyen algunas veces en presidio como el de los Bancos del P. Cucarella, sin que hayan otros por eso dejado de terminar en el patíbulo, como terminó el reverendo parricida cura del Castillo de Locubín.

A ver, que salga el valiente católico que pueda acusar á algunos de los maestros laicos de atentados al pudor de sus discípulos; que cite los profesores de esas escuelas sin religión que extingan condenas por delitos comunes como las extinguen, no diré los legos fieles del uno y del otro sexo, educados en esa moral que quieren disfrazar de cristiana, sino sacerdotes que se entendían con Dios todas las mañanas, frailes ligados con solemnes votos de santidad, cuya pedagogía ha corrompido tantos niños inocentes. Basta de palabras; aquí, lo que se necesitan, son pruebas.

Que de las escuelas racionalistas salió el incendio de los conventos de Barcelona, eso es muy fácil decirlo; lo que no es tan fácil es probarlo. Si por algo tengo recelos del anarquismo, es por eso, porque es arma que lo mismo pueden utilizar los redentores de la humanidad que sus más encarnizados enemigos los frailes, los clericales y los gobiernos reaccionarios.

Las hordas carlistas, acaudilladas por aquel tigre y aquella hiena que se llamaban D. Alfonso y D.^a Blanca, que entraron á saco en Cuenca, robando iglesias, incendiando archivos, violando doncellas y asesinando ancianos, niños, mujeres y hombres inde-

reos, se habían educado en las escuelas católicas y en la moral del catolicismo, y no hay términos de comparación entre aquella hecatombe religiosa y lo que ha pasado en Barcelona, quedando aquellos criminales, no sólo impunes, sino premiados, en tanto que fueron durísimamente castigados en Cataluña los simplemente sospechosos, porque los verdaderos directores, como los terroristas, aún permanecen ignorados.

Los pseudo-católicos, que han perdido aquella fe que dicen que allana los montes, en vez de orar compran fusiles y blindan las puertas de sus guaridas, cosas que sólo se les ocurre á los que algo temen, porque algo deben. Y en vísperas de elecciones, el obispo desde el *Boletín eclesiástico*, el jesuita, el fraile y el cura, desde el púlpito y el confesonario, se convierten en furibundos electoreros, no perdonando la injuria, la calumnia, la falacia y la insidia para atraerse un voto, consigna que ha circulado por la *Buena Prensa*, que hincan á su sabor los valones con el más inaudito desearo.

Es mentira que el Ayuntamiento subvenciona únicamente las escuelas laicas, y al presente no subvenciona ninguna. El Ayuntamiento de Valencia, que sólo sostiene 97 escuelas de las 205 que está obligado á sostener y que no emplea en la enseñanza pública ni la mitad de lo que por la ley tiene asignado, ignorando ya las causas, subvenciona 30 escuelas de las 167 privadas que hay abiertas, y que gracias á ellas no se origina un gravísimo conflicto. Tales escuelas, subvencionadas en total con 15.000 pesetas, no son únicamente las laicas, sino en su mayor número las católicas, y ni una sola recibe 4.000 pesetas, sino 1.000 la que más, y 100 la que menos, y es justo hacer constar que hace dos años que no se paga tal subvención.

Pueden, por consiguiente, tranquilizarse sobre este punto los católicos.

Valencia,

CANTACLARO

DESDE PARIS

PALABRAS DEL MAESTRO

La tarde es fría y triste. No tengo ganas de escribir. He dejado, para escribir estas cuartillas, á un lado de la mesa un libro interesante y admirable del gran Tolstoi.

No sé por qué, atando ideas, revolviendo en el fondo de mi memoria y también en lo más íntimo de mi corazón muchos y dolientes recuerdos, unas de las páginas de ese libro se han fijado más tenazmente en mi pensamiento, como una obsesión. Titúlase *Una lágrima*, y hasta ahora son en España inéditas. Y quiero traducirlas. Unos podrán saborear su encanto literario; otros, leyendo á través de lo impreso, encontrarán estímulo á las meditaciones necesarias á todo espíritu fuerte.

Dice el maestro:

«Cuando Nabucodonosor hubo tomado á Jerusalén, marchó al Templo. Delante de la gran puerta detúvose espantado; á sus pies hervía un gran charco de sangre espumante.

«Es la sangre de los buyes, de los carneros y de los corderillos degollados para los sacrificios—se apresuraron á decir los sacerdotes que habían advertido el espanto del rey.

Nabucodonosor ordenó entonces que llenasen un ánfora con la sangre conservada para los sacrificios, y cuando se la trajeron, comparando dicha sangre con la espumante que hervía en el suelo, gritó lleno de desdén:

«Decidme de quién es verdaderamente esta sangre, porque de lo contrario os descuartizo vivos y arrojo vuestros cadáveres á las aves de rapiña.

Los sacerdotes sintieron miedo.

«¡Piedad, señor! Nosotros te diremos toda la verdad. Entre nosotros vivía un sacerdote, llamado Zacarías, que era un justo. Su voz, fuerte como la del mar, llamaba al pueblo al Templo para que viniese á adorar á Dios, y al predicar, clamaba contra nuestras debilidades, contra nuestras en las pas, pidiendo el incendio, la peste, la esclavitud; calamidades todas que han sobrevenido.

Esta clarividencia suya lo ha perdido; el pueblo, excitado, enfurecido, lo mató.

Fue asesinado aquí, delante del Templo de Dios, delante del altar, en el mismo momento en que sus labios exhalaban una plegaria.

Después de ese día nadie ha podido lavar su sangre ó la sangre de la víctima inocente. Esa sangre está siempre ahí, caliente, espumosa, gritando venganza, acusando á los asesinos delante del trono de la eterna Justicia.

«Pues bien—exclamó el rey;—yo aplacaré esa sangre, ¡vengándola!

Y entonces ordenó que azotaran á todos los sacerdotes, vueltos hacia la sangre hirviente del profeta.

Pero la sangre hervía siempre.

Encolerizado Nabucodonosor, ordenó que fueran inmolados trescientos adultos y trescientos niños.

Pero la sangre hervía siempre.

Entonces el rey hizo reunir todos los jóvenes más garbados y las más bellas mozas de Jerusalén y los hizo degollar á todos so-

bre la misma piedra, mezclando su sangre con la del profeta.

Pero la sangre hervía siempre.

«¡Zacarías! ¡Zacarías!—gritó el tirano,—¿no estás aún satisfecho? ¿Debo, pues, para aplacarte, pasar á cuchillo todo Jerusalén? Ninguna voz respondió, pero la sangre continuaba hirviendo.

«¡Desdichado de mí!—gimió el rey con desesperación.—Si tanta gente debe sufrir por la sangre vertida de un solo hombre, ¿cuál será entonces mi suerte, yo que he hecho derramar la sangre de tantos centenares de millares de criaturas?

Y las lágrimas, que no pudo contener, corrieron abundantes de sus ojos. Pero tan pronto la primera lágrima cayó al suelo y se mezcló á la sangre del profeta, la sangre hirviente se aplacó...»

«No es verdad que el apólogo tiene un sabor arcaico de literatura hebrea? Pero ¿no es cierto también que tiene un gran espíritu de justicia y de piedad á la moderna?

«¡La sangre! No se aplaca la sangre vertida con la nueva sangre que se vierta. Para rehabilitar al justo cuando se le sacrifica no hay más camino que el llanto del arrepentimiento. Porque de lo contrario, la sangre continúa hirviendo, trágica, indomable, viva eternamente. La mancha de sangre es difícil borrarla á la fuerza. Ahí están las manos de *Lady Macbeth* en el sombrío drama de Shakespeare. Y la sombra de Bangoen pasa siempre, lúgubre y misteriosa, delante de las conciencias turbadas, aun cuando se finja indiferencia. El espectro de *Edipo* no se desvanece, vigilante, obsesionante, como un trago de pesadillas; ni la silueta del padre de Hamlet vuelve á la paz de los silencios y de las sombras eternas, hasta que la obra de expiación no se realiza.

Los aparecidos no son más que proyecciones espirituales de las conciencias conturbadas.

En las páginas de Tolstoi, el rey tirano quiere aplacar la sangre del justo, inocente, vertida, con sangre de nuevos inocentes. Y la sangre continúa hirviendo.

Es necesario llorar, arrepentirse...

Bellas páginas las de *Una lágrima*, con su sabor hebreo y con su espíritu moderno. Son bellas para leídas con placer artístico; profundas para meditadas con alma reflexiva.

ANGEL GUERRA

Procedimiento eficaz

El profesor Aulard, de la Facultad de Letras, y Debideur, inspector general de Instrucción Pública, autores de un libro muy conocido en París, titulado *Historia de Francia*, se han querellado contra el arzobispo parisiño por haber prohibido en una de sus pastorales la lectura de aquella obra. Y le piden, á cuenta de daños y perjuicios, la bonita suma de 10.000 francos. Otros muchos profesores de provincias siguen su ejemplo.

Ahí duele, en el bolsillo. ¿Cuándo seremos aquí tan prácticos como en Francia? Ya que traducimos sus novelas y seguimos sus modas, ¿por qué no tomamos su ejemplo en este caso especial?

¡Duro al bolsillo y contra el bolsillo! Ahí están los principios religiosos, la fe, la caridad y todo el catolicismo andante.

ENTIERRO CIVIL

Se puso gravemente enfermo el capitán retirado D. Agustín Piñeiro Rodríguez, hombre muy bien quisto en Zamora.

Su médico, que lo es á la vez de varias comunidades de monjas, avisó por su cuenta al cura de la parroquia, que se presentó con la extremaunción, aplicándosela al enfermo cuando ya no se daba cuenta de nada.

Expiró en aquel mismo instante, y abierto el testamento para enterarse de lo que había dejado dispuesto en cuanto á entierro y sufragios, se encontraron con que debía ser enterrado civilmente.

«Haga usted gastos para esto, hubiera exclamado el cura si no se tratara de la salvación de un alma, aludiendo á las estopas y el aceite. Pero nada dijo, si no que salió á escape. ¡Haberse molestado para no sacar ni para comprarse unos malos calcetines de lana, con este frío tan terrible que hace!

El entierro, á pesar de no haberse distribuido muchas esquelas, fué de los que dejarán recuerdo en Zamora por lo concurrido. Las amas de casa lloraban al verlo por el porvenir de sus chiquitines.

Y, no sólo estuvo muy concurrido, sino que casi todos los acompañantes llegaron hasta el cementerio, cuando en los entierros católicos son contados los que pasan del puente.

Por cierto que muy cerca de él tropezaron con el obispo, que iba en coche á dar un paseo, y que probablemente pensaría: «Si dan en esto, pronto tendré que ir á pie como Cristo».

En resumen: que á despecho de la hipocresía reinante hoy en todas partes, y en Zamora más que en otras poblaciones, los actos civiles tan concurridos como ese demuestran que eso de la fe religiosa es una

tarsa completa, sostenida únicamente por relacionarse con la vida material.

El día que la influencia clerical acabe, dará gusto ver á la mayoría de los españoles burlándose de lo que hoy fingen adorar. Pues no hay que darle vueltas: en el fondo somos un pueblo incrédulo y burlón, gracias á Dios.

Entretanto, honremos la memoria de los que, como ese capitán, nos indican el camino que debemos seguir todos.

Crónicas grancanarias

LOS QUE SE VAN.—LOS QUE VIENEN

El obispado de Canarias, vacante por defunción, ha sido ya provisto con todo el boato y magnificencia que en estos casos se emplea a. m. d. g. El nuevo obispo, joven y guapo, según la opinión de dos devotísimas damas, que aquí, como en todas partes, aspiran á las miradas de los jóvenes guapos, aunque lleven faldas... el nuevo obispo ha tenido una entrada majestuosa y archiparatososa... La aristocracia, la inútil aristocracia grancanaria, que aún vive en las hojillas de almanaque y en los figurines de la época cuaternaria, se empeñó en que el acto resultase grande, inmenso, de modo que los demás mortales, que trabajan de sol á sol y de sombra á sombra, levantasen los ojos hacia flamante carroza purpúrea, donde placentero y feliz el obispo, como un ironista consumado, bendijese en nombre de Dios ó de Cristo á las multitudes esquiladas, á las analfabetas católicas, apostólicas, romanos, manso ganado que espera y sufre en esta vida con la grata ilusión de un sitio sano, higiénico, desde cuyos balcones, porque si el cielo no tiene balcones armarán una revolución para que se los abran con vistas al infierno. ¡Cómo perdonar un espectáculo de esos, *gratis et amore!*

Te digo, lector, que ha de tener balcones el cielo. Bueno fuera que el Señor no se preocupara en darles olorillo de carne hebreja y republicana para contento de sus narices, como en el día de la llegada de Pérez, obispo de Canarias, concediéndonos un viejo marino lugar en su patache para ver... Yo os diré lo que vi...

Vi las calles de mi ciudad, desde el Puerto á Las Palmas, llenas de arcos de verdes palmas formados.

Vi que de casa á casa pusieron, á modo de piezas de ropa á secar, una colección de banderolas.

Vi gentes, músicas, bastones, bandas, chisteras, uniformes, curas ávidos de contemplar á su jefe, y con tal motivo, lucían (¡al año una vez!) ropa limpia y bien cepillada por femenina ama ó sobrina. Vi lujo, esplendor de oropel...

Los periódicos que relataron en dos ó tres columnas la llegada del Sr. Pérez, dedicaron una breve gaceta á la marcha de cientos de familias que emigran á Cuba y Buenos Aires.

Yo os diré, en cambio, que vi...

Vi cómo á mitad del camino se encontraron frente á frente el que llegaba y los que se iban.

Vi cómo dejaron paso á los carruajes, á los uniformes, bandas, bastones, manteos, y se detuvieron astrosos, flacos, miserables, como ante una cosa inesperada... ¡Y doblaron algunos la rodilla en tierra... ¡Ah, pero un viejo, un viejo republicano de toda su vida que iba en el grupo, no hincó su rodilla...!

Pasó el Sr. Pérez y su séquito... Por debajo de los arcos que él pasara luego, antes pasó la triste procesión de los que les cuesta mucho ganar la vida, y aún así, tienen hambre en nuestros campos... ¡ironías!

La bendición del Sr. Pérez á estos que marcharon en busca del pan que otros se encuentran amasado y cocido sin trabajar, no fué una irónica burla.

Y en el mismo vapor que aquél vino, los otros se fueron... ¡Porque tenían hambre!

MÁXIMO

Un milagro de San José

Así lo refiere un periódico carcatólico de Granada:

«En la vecina ciudad de Santa Fé, camino de Loja, á unos dos kilómetros próximamente, hay un ventorrillo llamado del Granadino. Vive un matrimonio, José Fernández García y Angeles Pérez; tienen una hija, llamada Concepción, que padecía meninjitis. Llevaba ya veintidós días de la mortal enfermedad, se encontraba gravísima y sin poder hablar, y ya desahuciada de los médicos y al borde del sepulcro.

El día 14 del corriente se encontraba al lado de la enferma su tío carnal Manuel

Villafranca Pérez, el que da el comunicado y lo firma, y manifiesta que dicho día 14 la enferma le indicaba con insistencia por señas, le diese un cuadro de San José que tenía en la habitación. Su tío lo alcanzó y se lo entregó; ella, con toda la efusión de su alma y gran fe, y con las fuerzas que podía, lo estrechó contra su pecho; y en la cama como estaba, se encomendó al Santo Patriarca. ¡Oh prodigio! A la hora poco más, á hora y media, se levantó dando voces y pidiendo su ropa para levantarse. Todos quedaron maravillados, y en efecto se levantó, y al poco rato pidió un poco caldo, y después, más tarde, alimentos.

No hay que dudar ni tener sospechas, pues el que esto comunica, Manuel Villafranca Pérez, tío de la enferma, era indiferente, como así sus hermanos: hoy está afectadísimo y prometiendo ser un buen católico, en vista de haber presenciado un gran milagro.»

«Pero qué ignominiosamente se ganan el pan los desdichados que pedesciben en los periódicos católicos! De seguro que no hay uno que crea en esas paparruchas que insertan.

«Y si cobraran siquiera en proporción á lo que se degradan! Pero no; por diez ó quince duros los de provincias y veinte ó treinta los de Madrid, inventan paparruchas como esa, injurian, calumnian y en ocasiones hasta reciben bofetadas.

«¡Pobres degenerados, que tienen de la dignidad humana tan equivocado concepto!

La muletilla

Se ha incendiado la iglesia de Alcalá del Valle, no dejando el fuego en salvo ni una brizna del altar mayor. Todo fué reducido á cenizas: imágenes, adornos, candeleros, sacras...

Y la Redacción de El Motín... ¡tan firme como siempre!

¡Las veces que, con la aquiescencia de Dios, he usado esta regocijada muletilla!

Bibliografía

Aun entendiendo algo de la manera de editar libros, no se me alcanza cómo ha podido publicar *La Esquela de la Torratxa*, de Barcelona, un Almanaque de 200 páginas como el que ha puesto á la venta para el año 1910, con tantos grabados y tan bien hechos, en tan buen papel, con texto escogido en catalán y á peseta el ejemplar.

Esto sólo puede hacerse vendiendo muchos millares de ejemplares, y á pesar de esto, ganando poco.

El editor Maucci ha publicado un libro de 450 páginas, en papel excelente y muchos grabados, bajo el título *Cien hombres célebres* (confesiones literarias), con prólogo de Paola Lombroso, por Juan José Solza Reilles. Tiene gran interés, y está escrito en un estilo nervioso, lleno de sinceridad y encanto. Se vende á cuatro pesetas ejemplar en todas las librerías.

Los pedidos á la Casa Editorial de Maucci, calle de Mallorca, 166, Barcelona.

Contiene entrevistas y reportajes hechos á: Alfonso XIII, El rey de Italia, Lombroso, D'Annunzio, Riechepin, Echegaray, Mirbeau, Verlaine, Olavo Bilac, Max Nordau, Don Carlos de Borbón, Nakens, Galdós, Pío X, Ferrí, Matilde Serao, Viuda de Zola, Rueda, Barzini, Gloria Laguna, Gourmont, Unamuno, Don Jaime de Borbón, Amieis, Zorrilla de San Martín, Barón de Río Branco, Alvarez Quintero, Tenor Oxilia, Grazia Deledda, Bistolfi, Querol, Herrera y Reissig, Presidente del Brasil, Rodín, Abate Perosi, Turati, Masagní, Maclaurin, Arnó, El Mesías Meva, C. Mendes, Maragliano, Mazzantini, Cavia, Menéndez Pelayo, Tolstoi, Rusiñol, P. Gener, Casas, Tallade, Valbuena, Cardenal Arceverde, Parravicini, Merry del Val, Carolina Invernizio, Alfredo Vicenti, López Ballesteros, Francesc Rodríguez, Chaliapine, etcétera, etc.

Hemos recibido los cuadernos 13 y 14 de la *Guerra de Africa*, en los que se relata el combate del 9 de Julio último y cuantos hechos se relacionan con él; la embajada marroquí en Madrid, los bombardeos de los poblados de la costa y los embarques de tropas.

Ambos cuadernos, están ilustrados con profusión de fotografías referentes á los episodios que se relatan.

Los pedidos y suscripciones á dicha obra pueden hacerse directamente al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140, Barcelona, ó en las librerías ó centros de suscripciones.

Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

Para los suscriptores á EL MOTIN, dos

VICH

EL OBISPO

Estudio psicológico

I.—El ambiente diocesano (a).—El rebaño camuflado del pasto.

La aurora está todavía lejana. Las ondas atmosféricas hacen titilar las estrellas. El aire helador corre de uno a otro lado buscando en quien depositar el catarro, la pulmonía y la congestión. Los barrancos caminos ora se hallan convertidos en barrizales, ora en cascadas de hielo, ora en bordes de precipicios.

El alba está lejos todavía. Todavía no ha agitado el aire la campana. Por aquellos villorrios de la cuenca del Ter, discurre entre las tinieblas, alumbrado de sucia linterna, el sereno. Los pueblos más distantes son los primeros en que el chuzo suena con fatídico repique descargando sobre algunas de las puertas. Desde que desapareció de la tierra el Ángel Exterminador, esta escena no se había reproducido.

Crujen al poco las puertas: gentes silenciosas lanzan a la calle deslegañándose los ojos entre tiritones y bostezos: ancianos tosedores, niños enclenques, mujeres embarazadas: todos andan, todos mudos; presurosos los de adelante, jadeantes los de atrás. Trepan por los cerros, saltan por los barrizales, resbalan por los hielos, bracean contra el viento, oponen al frío sus faldas de percal ó sus blusas de inglesina; el viejo se apoya en un ribazo para no desplomarse en un golpe de tos; la embarazada hace altos para dejar pasar la congoja del vómito; el chiquillo se escurre entre la retama para aliviar los retortijones de tripa; y entre tanto, otros cruzan el camino, como sombras nocturnas... atraviesan el pueblo vecino, de donde sale otra bandada igual; han andado tres kilómetros; á otro kilómetro, otro pueblo y otra legión; todos corriendo, todos silenciosos, todos temblando de frío... y andan... y atruena los aires un silbato lejano que, como aullido de lobo, hace estremecer aquellos pechos... dentro de diez minutos se cierra la fábrica... y todos aprietan el paso y todos van traspasando la puerta, detrás de la cual suena el resplido de la máquina de vapor, y se alumbran por ensalmo mil ventanas, y rompen á una mil estruendosos ruidos y ya no se oye el toser del viejo, ni el asco de la preñada, ni el gemido del chiquillo...

¡El alba está muy lejos todavía! Son las cuatro y media de la mañana, las cinco lo más...

A las siete y media de la noche vuelve á salir la tenebrosa bandada, desparramándose por los cuatro ámbitos, trepando cerros, sorteando abismos, vadeando barrizales... Quién llega á su casa á las ocho, quién á las ocho y media, quién á las nueve...

Quién se ha dejado un brazo ó una pierna en las garras de la máquina, quién ha recibido la despedida por inútil, quién no volverá ya más á ver el aire hasta ser llevado al cementerio. El niño trae á su casa un nuevo vicio; la doncella trae en el oído una obscenidad nueva; todos han dejado allí un día de vida... que no han vivido; les resta la noche para darla á devorar al cuerpo hambriento de descanso, para tragar una cena pimentosa, sorber una botella de mal vino, hablar entre bostezos y cabezadas de las intimidades del hogar, celebrar entre ensueños obscenos las solemnidades del amor, colmar con gruñidos los quejidos del enfermo y apaciguar con azotes el lloro del recién nacido.

(b).—En el redil.

No han visto el día que han pasado en el vértigo del trabajo; no han visto la noche que les roba el letargo del sueño. No han visto ni sol, ni nubes, ni rayos, ni flores, ni crepúsculos; no han oído cantar los pájaros ni rugir los truenos; nada han visto, nada han oído; no han vivido aquel día, ni han vivido la noche; sólo han visto y oído la máquina, que es su vida, y el sueño, que es su reposo... Y todos los días son iguales ó iguales todas las noches, iguales todos los años, iguales todos los pueblos, iguales las generaciones.

Tenía yo diez años: había cogido horror al colegio; no al estudio; pedí á mi madre que me llevase á trabajar á la fábrica. Fuimos, y había disponible una plaza en los batanes; ¡gran suerte! Al medio minuto me acometió la tos; á los dos minutos me asfixiaba. Hube de salir; no servía... Si hubiese servido... allí estaría; sería una de aquellas sombras nocturnas que se rompen una pierna en el camino ó dejan un brazo en las garras de la máquina, ó caen tuberculosos paseando la tisis por el pueblo entre sorbos de ponzoñoso vino y golpes de tos pulmonar. ¡Y mis noches y mis días habrían sido aquellos días y aquellas noches...

(c).—El trasquilero.

Aquella legión y otras semejantes, son las productoras radicales de la riqueza del país; cada día del obrero es una moneda que entra en las arcas del fabricante formando entre todas el montón; de este montón lleva una parte el Estado; del montón del Estado vuelve una parte al obispo; las veinte mil pesetas de sueldo del obispo salen de allí:

de allí salen las del cabildo, las del ciero, las del culto...

El obrero carece de medicinas, pero no carece de lujoso confort el Prelado; el viejo palpita en la alcoba sin luz, pero no faltan cirios y lámparas al pedazo de madera de San Antonio.

II.—El ambiente de palacio.

Mientras por las mañanas en la comarca se verifican mil odiseas lúgubres, el Prelado duerme entre mullidos colchones: nada oye, nada ve, de nada se entera.

Mientras por las noches se reproducen mil tragedias por sendas y caminos, su señorita cena: toda su atención está ocupada en resolver si las truchas del Ter son más sabrosas que los tordos de Collsuspina.

Durante el día el Prelado no tiene punto de reposo. Quizás, como Strauch, acude á la tribuna del palacio en la catedral á largas contemplaciones de la eternidad feliz que le espera después de esta miserable vida: la santa misa rezada en la capilla interior adornada de tapices y alfombras para mejor reproducir el confort del Calvario, en tanto que el cocinero prepara el rico chocolate de Ocumare y Choroni servido en dorada bandeja y en servilletas de lindo bordado de delicada monjita; sin sosegar, su señorita ha de pasar revista al listín de la Bolsa, llevando mil varias emociones, porque las Alicante suben y las Francias bajan y el exterior está estancado; y apenas ha terminado esta labor, el Vicario General se presenta á la firma, ¡otra cuenta!, y otras emociones; y el delegado de Capellanías viene con el cupón, y el secretario con los derechos de cámara, y la devota que no sabe á quién legar sus bienes, y la carta del Cardenal de Curia recordando el dinero de San Pedro, y el mayordomo con los memoriales de los pobres, y el arcipreste con el regalo para la Santa Sede...

El mundo es bueno... El propietario pide capellanía para su oratorio; el fabricante quiere construir una capilla; el abastecedor de la catedral ofrece la mejor tarta; las monjas los mejores suspiros...

El mundo es bueno... El péndulo del reloj va contando con monotonía: una, dos, tres, cuatro, cinco... onzas en las arcas del Señor... día y noche, noche y día...

No tiene tiempo para contar las monedas, ni para recibir las reverencias, lisonjas y sonrisas de sus siervos; abre la puerta, y se pone en conmoción el palacio; sale á la calle, y todo un pueblo se postra de rodillas. No se hinca con más respeto el canónigo ante el Santísimo que lo hace ante Su Ilustrísima; adornado de capa magna semeja un Dios; Baal envidiaría el oro, plata y pedrería de sus ornamentos; Cleopatra pediría para su seno el flamante pectoral; Salomón cambiaría su cetro por el báculo; si Dios bajase á la tierra en el cuerpo de Nerón y de Mardoqueo sentiríase satisfecho...

III.—El corazón del Prelado.

¿Qué hacer de tanto oro y de tanta riqueza? El Prelado se siente economista y discurre sobre la inversión de los capitales. No oye la tos de los físicos, ni ve la desnudez de los miserios, ni siente el frío del hogar sin lumbre, ni el hambre de la mesa sin pan, ni llegan á él las lágrimas del viejo, despedido de la fábrica por inválido, lanzado á la miseria, ni los lloros del infante que pide inútilmente el seno de la madre, ni los talleres infectos, ni caminos peligrosos, ni pueblos sin botica... Ve aburrirse los santos del cielo, y decide construirles á fuerza de millones un monasterio en Ripoll, donde anidará la cucaracha y en cuyo desván danzarán sardanas los ratones; oye el bostezo de los obispos difuntos, y para taparles la boca, funda con grueso capital un aniversario solemne por el eterno descanso de las almas episcopales y para perpetuo jolgorio de canónigos y músicos. Siente el crujido de los apollillados maderos de vetustas sacristías, y emplea otra millonada en formar un museo en su palacio, que es como si pusiera un bazar en la cumbre del Moncayo...

IV.—El trabajo cerebral.

Su señorita estudia y trabaja; cada año pasa grandes apuros en busca de argumentos y frases retóricas para dar á entender al misero pueblo trabajador la necesidad de sacar la Bula; para convencerle de que este mundo delicioso está dirigido por el dedo Divino; que Dios es, y no él, el que consume los millones y el que cercena parte del jornal; que no son él y los clérigos los que devoran fortunas, y consumen obras pías, y tragan legados, y comen y beben bautizos, bodas, dispensas y funerales, sino que es Dios, son los santos y son las ánimas de los muertos, que sin eso se enfurecen y rabian, y Dios rabioso, castiga en las almas de las muertas la tacañería de los fieles vivos...

El obispo de Vich es sociólogo; la sociología sirve de mucho para apoyar estas curiosas doctrinas de telefonía ultramundial. La sociología eclesiástica ha descubierto que la clase social más beneficiosa para un país es el clero, que hace el comercio interplanetario. El es la sal y gracia del mundo; donde él florece, florecen todas las bienandanzas. El trae la paz á las naciones, el vi-

gor del Estado, la moralidad política, la fuerza militar (1) y el éxito de las armas, el progreso á los pueblos, la alegría de las ciudades, la abundancia á las familias, la gallardía á las mozas, la robustez á los hombres, la felicidad en la tierra, y después... ¡la dicha eterna!

Todo esto sabe probarlo el obispo de Vich con argumentos teológicos, metafísicos, físicos, históricos, estadísticos, geográficos y erotalógicos, sobre todo erotalógico-teológicos. ¡Para eso sirven las castañuelas escolásticas!

V.—Desdichas de un Reverendísimo.

Y el Prelado sería feliz en aquel empleo, si no fuese el socarrón canónigo que en los corrillos capitulares pone en solfa sus sabios discursos; si no fuese el catedrático integrista, que murmura de sus amistades con los conservadores y liberales, dadores de mitras y de cruces; si no fuese que el gobierno olvida sus grandes méritos y reparte los toisones de oro y los ascensos á otros obispos de menos cascabeles; si no fuese que aquello de Vich resulta aburrido y poco vistoso, sin una marquesa cuya amistad poder frecuentar y sin un mal príncipe que pueda adornar la mesa; si no fuese que aquel clero es empalagoso de tanto lisonjero, y ridículo de tanto servil, y repulsivo de tanto gazmoño; si no fuese tanto pontificar, y tanto asistir á funciones ñoñas, y tanto tener que ir acartonado, y tanto hacer el majestuoso, y tanto aparentar gravedad; si no fuese aquella niebla indecente, y aquel refunfuñador cabildo, y aquellos inaguantables párrocos de más conchas que galápagos, de más picardías que Maquiavelo y más ladinos que el P. Gracián.

VI.—Su Señoría se deleita.

Pero el obispo de Vich tiene sus goces pasionales y sus embriagueces de deleite. Amén de la vanidad satisfecha, de la soberbia harta, de la codicia en continuo orgasmo; amén de los aplausos de la prensa, de los plácemes del gobierno, de las escapadillas á Barcelona, de este contemplarse en el espejo cubierto de brillantes, de este pasearse por entre tesoros; á más de estas satisfacciones pasionales y de estos sports de magnate, hay otros placeres emocionantes, embriagadores, dislocantes.

Pongamos un ejemplo:

Hubo en el mundo un Genio en cuya loa parecen pocas las alabanzas, un Vate español que recordaba las mejores creaciones de Virgilio y las más delicadas filigranas de Fray Luis de León y de Dante: el inmortal autor del *Canigó* y de la *Atlántida*, el limosnero que repartió millones, el coloso ante quien se arrojaban generales, jesuitas, nuncios y ministros; el que ganó en glorioso triunfo el París intelectual; el inmarcesible Verdaguer.

A este ídolo de la Humanidad, á este coloso de las letras, de la Virtud y de la celebridad, clavóle su mirada un obispo de Vich como Shere-Kan la clavó sobre *El Mogli*; y en la Jungle catalana hubo concejo de fieras y fueron reconocidos los derechos de Shere-Kan sobre el hombre-niño.

¡Oh placer infame de los dioses! Verdaguer, que no cabía en España ni en Europa, ni en el mundo, ni en su siglo, entró como precito en el palacio episcopal de Vich, y allí fué prisionero al arbitrio del obispo, y de allí salió como precito camino del santuario de la Gleva, convertido en Montjuich eclesiástico; y el Vate fué encajado y secuestrado como loco; y el coloso quedó impotente ante el zapato episcopal; y el dador de millones vióse envuelto en raídas ropas y fué obligado á comer bazofia de limosna; y el ídolo fué sacado desde el alto balcón del santuario en espectáculo de toda la comarca, sirviéndole de caña ridícula la pluma, de gorro más punzante que la corona de espinas el bonete, de hoga más infamante que la túnica y que la desnudez la sotana; y así expuesto á la irrisión, el obispo decía:

«¡Ece Homo!

ahí tenéis al gigante; ahí tenéis al omnipotente; ahí tenéis al consagrado de todas las consagraciones. ¿Quién como Yo? Machacado lo he á mis pies; derribado lo he con sólo una plumada; temed mi enojo, pigmeos ¡que si así puedo aplastar al que más alto llegó en el trono de la humana conciencia, ¿qué no haría con vosotros?»

Y ante el triunfante Acaronte, la caterva de vicenses, con balido de rebaño ante la estaca del pastor y ante el pesebre del rabadán, estuvo tres años balando: «¡Nuestro obispo es grandel, ¡es santol, ¡es invencible, ¡es indefectible!

VII.—«Cor unum.»

Y se hizo silencio profundo en toda la Jungle catalana, hasta que una dama fué á rescatar el cautivo. ¡Tal no hiciera! Sobre ella y sobre sus hijos cargaron las iras episcopales: la batalla fué tenebrosa, como conjura de fieras nocturnas; fué sorda, como invasión de peste... La dama fué condenada á muerte... ¡y murió! El vate fué condenado á muerte miserable ¡y murió miserable, y murió prisionero de guerra; y habría muerto secuestrado, si los impíos no hubiesen le-

(1) Lo dicen los obispos españoles al Gobierno.

vantado el puño contra la omnipotencia episcopal...

¡Oh placer infinito de los dioses! ¡El Genio vióse forzado, después de diez años de escarnio, á cantar loas al obispo de Vich... en su propia presencia y en solemnidad pública! ¡Jamás el Odio pudo soñar mayor triunfo!

VIII.—El Prelado se irrita.

Está visto; el obispo de Vich goza: el obispo de Vich á las veces sufre. Sus penas son muy grandes.

Al pueblo aquel que no vive los días, ni vive las noches, ni vive la vida; en cuyo cielo no hay sol ni luces y en cuyas noches sólo hay pesadillas; á ese pueblo van los *Ángeles del Mal* á murmurarle al oído: «Despierta, dormido; abre los ojos, ciego; apresta los oídos, sordo... Mira ese hermoso cielo de tu patria que brilla para tí y que tú no ves... escucha el tintineo de las monedas de oro cayendo en las arcas episcopales, si-guelas en su camino... mira su origen... Busca la historia y la ciencia y el alma de ese que, á cambio de tu dinero eterno, te predica eterna resignación, base de su eterno negocio... Mira que ese obispo y ese canónigo concebidos fueron como tú; zoospermos y zancineubos y embriones y fetos y erios, como tú fueron... Tus padres y abuelos y tú al través de los siglos, estáis buscando el reino de Dios y su justicia esperando la añadidura prometida, sin hallar añadidura, ni justicia, ni el reino de Dios; en tanto que esos que sólo han buscado la añadidura, han encontrado con ella el reino de Dios en que reinan y la justicia de que son dueños...

Y el obispo sufre... y protesta, como el minero al oír quien le discute el filón; como el comerciante al ver al competidor...

IX.—Plegaria.

Pero el dolor del obispo es más grande; se ve reflejado en su periódico: él no siente el dolor de su pueblo, por estar demasiado cerca; y como si nada tuviese que sentir allí, siente... el ocazo del ideal político maurista; siente las maquinaciones diabólicas de los impíos de Roma que establecen la *Escuela Ferrer* frente al Vaticano; y esto lo siente el obispo de Vich como «un insulto», como «un ultraje diabólico», como «un oprobio»; ¡y siente que el presidente sea un Gaetani, descendiente directo del santísimo célibe Bonifacio VIII!

Y siente más el infeliz obispo de Vich; siente que en Francia se haya constituido una sociedad, presidida por Madame *Emile Zola*, con un comité de elevados personajes, para auxiliar á los sacerdotes á quienes los obispos dejan sin comer... Y aquí rompe el dolor las entrañas episcopales, ante el inaudito escándalo de este impio siglo que no deja morir de hambre á los malvados como Verdaguer; y denuncia al mundo este horrible atropello del fuero episcopal, que quita á los obispos la *horca y cuchilla* de la miseria y del hambre con que hasta aquí han estrangulado y matado á precitos como Barona, y á clérigos tan desvergonzados como *Mosen Cinto*.

X.—Lamentos ilustrísimos.

¡Oh abominable persecución contra la Iglesia! ¿Cómo podrá sufrir Jesucristo que su mansa Esposa y que los mansos sucesores de los apóstoles, no puedan hacer pasar por locos á los Verdaguer, y secuestrarlos en su palacio, y encerrarlos en la Gleva, donde se les propine una tuberculosis saludable que convierta en esqueletos sus cuerpos, que corra sus vísceras, que les vuelva misántropos y maniacos, que les obligue á mendigar de puerta en puerta, que les confisque sus libros, los premios literarios, los regalos de las Infantas, que les deje en la última miseria y les lleve á morir en la quinta de un amigo, guardando la puerta los mozos de escuadra, y violentando sus testamentos obligándoles á infamarse en ellos, para que su nombre póstumo quede envuelto en la mortaja de la infamia, como el cadáver queda envuelto en la lepra del tubérculo mortal...

XI.—Ego rogari pro te...

¡Piedad, pueblo cruel, para ese pobrecito obispo, que cada día levanta en sus manos la hostia divina diciendo: ¡He aquí el Corderillo de Dios!... corderillo que se plañe con lastimeros balidos pidiendo ¡pobrecito! que le dejen matar de hambre á los sacerdotes que hayan apostatado como Gabarró, ó á quienes se quiera forzar á apostatar, como Verdaguer, que para el odio corderil es lo mismo: al uno se le acribilla por ser apóstata; al otro por no querer serlo... ¡Pobrecitos obispos! ellos no apostatan nunca; no tienen tiempo de apostatar: lo necesitan todo para cortar cupones y cabezas de apóstatas que, si lo son, merecen ser decapitados por serlo; y si no lo son, por no dar al Prelado el gusto de serlo para justificar la decapitación.

S. PEY ORDEIX

Ciencia y ministerios jesuítas

Habla al ministro del rey Carlos III, el general de los agustinos (carta de 1.º de Agosto de 1771).

«No han entendido otra ciencia que la de fingir y mentir, y así es necesario que finjan y mientan mientras fuesen sufridos en el mundo, por lo que soy de firme parecer que es necesario hacer un esfuerzo tal para llegar al santo fin de exterminar un gremio tan pernicioso a la Iglesia y al Imperio, que sea capaz de contrarrestar los impedimentos que se ponen...» «Me hierve la sangre al considerar estas y otras cosas...»

Las víctimas del celibato, en campaña

Pablo Jacinto Loyson

Es el hijo del celeberrimo Padre Jacinto, predicador oficial de Notre-Dame de París, sucesor del Padre Félix, de Doupanloup y de Lacordaire, y continuador del esplendor oratorio francés de aquellas lumbres que se llamaron Bossuet, Massillon y Fenelon. El Padre Jacinto Loyson es al presente obispo en Ginebra, obispo católico romano ortodoxo, contra la heterodoxia católica del Pontífice, cuya excomunión no ha podido quebrantar el ánimo del ilustre apóstol ni siquiera desprestigarle ante sus antiguos y fervientes admiradores.

El acto por el cual el Padre Jacinto atrajo las iras de Roma, fué su matrimonio público y solemne, en protesta contra el ignominioso celibato. Muchas gestiones ha hecho Roma después de agotar sus rayos iracundos, para hacer paces con el celebrado orador, ofreciéndole tan pronto el oro y el moro a condición de que públicamente renunciase al título de esposo, infamando a su mujer y a sus hijos, como precio de la comunión católica y pontificia: tan pronto ofreciéndole esta misma comunión a condición de pasarse al rito oriental en que los sacerdotes romanos no guardan el celibato, y por último, a condición de que renunciase al ministerio episcopal. Aunque en estas gestiones el Papa procuró usar la tética jesuitica de evitar el rastro de lo que se hacía, han quedado documentos suficientes para garantizar la veracidad de estas historias. De este matrimonio nació un hijo, Pablo Jacinto Loyson, hoy joven de unos veinticinco años que ha alcanzado ya sitio en las eminencias de la literatura francesa.

En Pablo Loyson la naturaleza ha querido tomar venganza de las blasfemias de la Iglesia contra el amor, acumulando en él toda suerte de tesoros. Robusto, gallardo, simpático y vivaz, tiene la admiración de los intelectuales y la fascinación sobre las damas elegantes de París, que parecen ver en él un derroche de la naturaleza realizado por la maldición pontificia. El, por sí sólo, es un mentis vivo, solemne, esplendente, magnifico y divino a las infamaciones eclesiásticas.

Pero sobre el conjunto de sus cualidades, una tiene que le realiza a infinita altura en el templo de la moralidad, y es la valentía, el orgullo, la heroicidad con que dice al Papa y a la Iglesia, con jactancia de coloso: —Soy hijo del Padre Jacinto.

Jactancia a la cual sólo es comparable la de su padre, al decir al Vaticano: —Soy padre de Pablo.

Estas dos frases: «éste es mi padre», «éste es mi hijo», dichas con la bizarría de estos héroes, forman la más brillante reivindicación de los fueros de la naturaleza contra el satánico celibatario. Ante este abrazo de padre e hijo, enlazado por las manos de la madre, da un cuadro de una magnificencia soberana; es el triunfo de la fecundidad majestuosa, radiante y esplendente sobre la esterilidad mezquina, carcomida de vicios y minada de vilezas. Papas, cardenales, frailes, monjas, el ejército todo de mogigatos, regañan los dientes, se muerden la lengua y se retuercen en rabia impotente ante esta apoteosis simple y sublime de la sagrada familia eterna.

Ante el venerable Padre Jacinto, en cuya frente irradia la ciencia y en cuyo corazón arde tranquila y luminosa la llama del amor, siéntense avergonzados los obispos que han vendido sus hijos y las madres de sus hijos por un puñado de moneda y por una patente episcopal romana; al ilustre carmelita, los frailes todos de todas las Ordenes, blasfeman con los labios, pero en su corazón le veneran con admiración de super-fraile, de super-obispo... Le murmuran porque le envidian.

¡Magnifico grupo! ¡Soberbio estallido del Amor!

¡La Familia sagrada!

Pero Pablo Loyson no se limita a proclamar ante el mundo su filiación mereciendo así ser hijo del padre que proclamó su paternidad; sino que, sintiendo sobre su sér las maldiciones pontificias, el rayo de la mirada de basilisco del Papa y de sus congéneres, dáse cuenta perfecta de que él existe a pesar de la Iglesia y contra la omnipotencia de la Iglesia; dáse perfecta cuenta de que los esfuerzos inquisitoriales y diplomáticos del obispo de Roma sobre su padre, iban enderezados sola y exclusivamente a él: a ser rechazado del padre; a ser lanzado con su madre a la mendicidad y afrenta públicas; a ser expuesto al escarnio de sacristanes y mogigatas; a ser burlado de damas

adúlteras, de queridas de confesores, de vírgenes falsas e hipócritas que guardan su virginidad en público y arden en lujuria en secreto...

El sabe eso: que la Iglesia es enemiga jurada de su vida, de su dignidad, de su honor y del honor de su madre; y él reacciona contra ese odio infinito y se erige en vengador de las infamias producidas antes de ser engendrado y de las que vomitarán sobre su tumba los que hicieron de la Esterilidad la suprema virtud religioso-social.

Y con la conciencia del Hombre que se siente tan hombre como el Papa y tan digno como los que engendraron cardenales y obispos; con la fuerza de la irritación causada por este inmenso ultraje; con la energía de una conciencia robustecida por el vigor de la Ciencia y con la flamante espada del Genio, acomete la lucha en todos los terrenos de la mentalidad: la poesía, el libro científico, el artículo polémico, el drama y el discurso, siempre con igual ardor y con igual genialidad. ¡Bravo! ¡magnifico! ¡soberbio campeón de los grandes fueros del Amor!

Nadie ha recibido mayor ultraje que él: defiende su vida y su honor; defiende el honor de su madre y la venerabilidad de su padre. ¡No puede apeteer mayor empresa un hijo de la especie, en cuyo corazón todos los sentimientos convergen a un mismo impulso y a nutrir un mismo ímpetu!

Muchas batallas ha librado ya el joven recluta. De hecho, su primera palpitación en el seno de su madre fué ya una gran batalla contra el furor y odio de la Iglesia; pero en la primera fase de su vida luchaba sin saberlo y sólo en defensa contra la estrategia satánica de la vieja Iglesia. Ahora no se defiende ya, sino que ataca, hiere, raja y descabeza al enemigo. De entre sus batallas, ninguna más curiosa que la que ha librado hace poco, luchando en duelo personal y a brazo partido con el obispo de Nevers, el cual se ha visto forzado a salir de su baluarte episcopal para defenderse de los aguijones del hijo del Padre Jacinto.

Ya de por sí sólo este pugilato tiene algo de sorprendente: ¡un excelentísimo, ilustrísimo y reverendísimo obispo; un Nos-doctor-don verse obligado a batirse por sí, y sin poder echar mano de plumas barateras, con un hijo... sacrilego...! ¡Y autor dramático!!! ¡Hermoso pugilato!

El hecho discutido es tan curioso como la calidad de los contendientes.

El abate Houtin publicó un año atrás cierto libro con este sugestivo título: «Un sacerdote casado, Carlos Perraud, canónigo honorario de Autun».

Este canónigo, como todos los curas casados, era un modelo de castidad. Hermano del cardenal Perraud, provisor de su obispado, era además venerado por su ciencia y virtud y respetado como un gran santo y ejemplar sacerdote.

El casamiento lo celebró él mismo en su iglesia, tal y como lo practicaba la antigua Iglesia católica, que era la más católica, la más apostólica, la más romana y la más cristiana; tal y como se casó San Pedro, primer obispo de Roma. Este matrimonio descubrió el cardenal; quiso deshacerlo, seguramente para poner un par de cuernos a aquel texto del Evangelio: «lo que Dios unió no lo separen los cardenales, ni los papas, ni hombre alguno salido de útero de mujer». Negóse al canónigo, desistió de su empeño el cardenal, y mientras éste pedía a Dios la viudez de su hermano, éste le pedía la conservación de la esposa.

El cardenal imaginaba que el matrimonio era secreto para las gentes, pero el buen marido tuvo cuidado de confiarlo al Padre Jacinto, con quien mantuvo correspondencia sobre el caso. Murió el canónigo, y ahora publican el libro documentado.

El obispo de Nevers, testamento del cardenal, ha creído deber vindicar la memoria del canónigo desmintiendo el hecho y persiguiendo a Houtin; ahí salió Pablito a romper un par de lanzas, publicando los autógrafos del canónigo, vindicándole realmente de la infamia de haber abandonado y difamado a su esposa, que es la gracia que le atribuye el obispo.

Tras el de Nevers, quiso mezclarse el obispo de Niza, que ha salido igualmente con las manos en la cabeza, y ahí está Pablito poniendo en la picota la honradez y buena fe polémicas episcopales.

Crúzose, por fin, el Gran-Vicario de Santa Clotilde, y salió con las manos en la cabeza, a saber, convicto y confeso de ser partidario del matrimonio de Monseñor Perraud.

Y para colmo de bizarría, como si dijéramos para darles el cachete de gracia, el ingenioso Pablito firma sus escritos con esta graciosa firma: «Jacinto Loyson, hijo»; como si les dijera: «tomad celibato».

¡Bien por Pablito!

¡Vaya un sacrilegio más hermoso que ha hecho el Padre Jacinto! Ya se lo cambiarían los hijos cretinos de los magnates católicos... Los pueblos que quieran más noticias de Pablo Jacinto Loyson, pidan a las empresas de los teatros la representación de sus dramas *Almas Enemigas*, traducido por Ricardo Blasco, y *Evangelio de Sangre*, traducido por Abril.

RICARDO MAYOL

París, Diciembre 1909.

En defensa de un perseguido

Madrid 8 Diciembre 1909.

Excelentísimo señor obispo de Barcelona. Excelentísimo señor: Por informes fidedignos, me consta que el presbítero beneficiado de la Merced y querido amigo mío, D. Segismundo Prat Orri, familiar que fué del Ilustrísimo Grau, obispo de Astorga, hállase envuelto en un proceso canónico desde hace mucho tiempo, apelado ante el Metropolitano de Tarragona y sometido a una suspensión preventiva de oficio y beneficio.

Esta suspensión preventiva de los medios necesarios a la vida, equivale de hecho a una pena de muerte por abyección e inanición. La dignidad humana y la vergüenza social no pueden consentir, sin enérgica protesta, la refinada malicia y diabólica hipocresía que encierra este procedimiento económico de imponer preventivamente una pena de muerte disfrazada con títulos que lejos de atenuarla la agravan, irritando el mal con la lentitud e irritando al víctima con esta simulación de justicia.

Los daños de esta pena preventiva, así en lo moral como en lo físico, son irreparables; esta irreparabilidad da a la pena un carácter de ferocidad agresiva, tanto más punible ante la moral cuanto más impune sea ante la ley.

Además, el hecho de lanzar a un sacerdote a la mendicidad callejera, constituye un escándalo de alta corrupción eclesiástica, por estas razones:

1.ª Por escarnecer el Evangelio, en cuya parábola del enfermo de Jericó, resulta tachada de impía la conducta de los doctores y obispos que pasaban de largo junto al enfermo, dejando a los samaritanos el cargo de socorrerle. En el propio Evangelio hállase además esta sentencia: «el que descuida a los suyos, más que más a sus domésticos, con esto sólo reniega de la fe y es peor que el infiel.» Inocente ó culpable, con sentencia ó sin ella, Prat es tan indeleblemente sacerdote de vucencia, como vucencia es indeleblemente obispo suyo y la Iglesia madre suya.

2.ª La sana Iglesia, en sus cánones y en el espíritu todo de sus leyes, reprueba que sus clérigos sean entregados y expuestos a la miseria, por lo cual tiene establecidas sus leyes de congrua para evitar la irrisión del carácter sagrado.

3.ª La Iglesia no tiene derecho de cargar a la compasión y lástima pública social la miseria de aquellos a quienes ella inhabilitó para el trabajo, consumiendo su juventud inexperta en una educación parásita y prohibiéndoles todo oficio servil en la mayor edad, recabando el asentimiento del interesado a este estupro social con falsas promesas de justicia y misericordia, que esta realidad desmiente, despojándoles luego de la sustentación a que tenían derecho siempre y en todo caso. Este procedimiento equivale en su conjunto a mutilar el individuo para que luego haya de someterse a toda injusticia eclesiástica, so pena de explotar la mutilación en el mercado de la mendicidad envilecedora.

4.ª Este ejemplo revela la falsedad del sentimiento benéfico de la Iglesia, y desvirtúa todo el mérito que aparentan sus instituciones. Si no compadece a los suyos, ¿cómo va a compadeecer a los extraños? Con esto se ve que no es la compasión lo que inspira tales obras, sino otros cálculos menos nobles.

Por todo lo dicho, eumplo un deber de compañerismo y de amistad al llamar a vucencia la atención sobre este escándalo dado por los tribunales eclesiásticos, cuya gravedad encañece de por sí la urgencia de ponerle término rápido y satisfactorio.

De lo contrario, me veré en la precisión deplorar de la prensa española y extranjera el concurso para publicar por todo el mundo este hecho, que demuestra la saña y crueldad de la que ostenta el título de Madre misericordiosa, cuya justicia consiente lo que ya no consiente pueblo alguno bárbaro, a saber: matar preventivamente, y a muerte lenta, a los presuntos reos, que desde el momento de ser envueltos en la arbitrariedad justicia canónica, quedan víctimas seguras, antes ejecutados que sentenciados.

Este hecho me servirá para probar que no es un caso aislado de esa curia, sino una simple manifestación de un sistema continuo y ajejo, que ningún país culto consentiría sin duro escarmiento.

S. PEY ORDEIX

Piedad católica

Pío V, del que Bacon decía: «me admiro de que la Iglesia romana no haya contado

aún a este grande hombre entre sus santos» prohibió a los médicos visitar tres veces a un enfermo sin que se hubiese confesado. Mandó que el que violase el domingo debería permanecer de pie todo un día delante de las puertas de la iglesia con las manos atadas a la espalda; si recaía en la misma falta, que fuese azotado por la ciudad, y a la tercera que se le atravesase la lengua y se le mandase a galeras.

C. Cantú, tomo 29, página 117.

LOS JESUITAS EN CHILE

Cómo entran en un país los jesuitas.

Sermón del P. Baltasar Piñas, predicado en la Catedral de Santiago de Chile, a la inauguración de aquellas misiones jesuitas: «Hemos venido a vuestra tierra, dijo, a ejercitar nuestro ministerio. Aquí estamos, no nuestros, sino de todos y de cada uno en particular. A cualquiera hora del día ó de la noche nos podéis llamar para vosotros, para vuestros indios ó vuestros esclavos. El acudir será nuestro descanso y gloria; y el retorno, ni le buscamos ni le queremos en la tierra. Trabajamos por aquel Señor que dió la vida en la cruz por todos los hombres.»

Cómo los jesuitas no hacen de los pobres los bienes suyos y hacen suyos los bienes de los pobres.

«En pocos días los Padres cobraban de don Martín Ruiz de Gamboa la primera finca, valor de 4.490 pesos.

En 16 de Octubre de 1595 los capitanes Andrés de Torquemada y Agustín Briseño, les donaron sus viñas y una hacienda. Muerto éste último, cobraron de atrasos de un mayorazgo que recayó en él, fundado por los Saravia y Sotomayor, 20.000 pesos, en la provincia de Soría.

En 9 de Octubre de 1619 se hacían dueños de las posesiones entre los ríos Rapel y Maul, que componían la hacienda llamada Bucalemer, propiedad de Sebastián García, valuada en 30.000 pesos.

En 1620 el capitán Lope de la Peña añadia otra donación de una finca contigua, con otras de Mendoza (Cuyo).

En la iglesia de San Sebastián pusieron un cuadro con el donador arrodillado ante un jesuita y presentándole la escritura de donación, con este rótulo: «ad majorem Dei gloriam».

En 1.º Junio de 1651, convertían al portugués Madareira a la obligación de pagarles 17.000 pesos y otras cesiones, que sumaban en junto 40.000 pesos.

Fernández de Lorca construyó un canal para que los Padres pudieran regar una de las haciendas, y les dió sus esclavos y propiedades.

La estadística más completa de la riqueza territorial de los jesuitas en Chile después de algunas décadas, es un apunte en forma de inventario conservado en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Según este, tenían 11 haciendas mayores, 8 medianas y 2 ínfimas.

«Por su extensión y por la calidad de sus terrenos, eran las mejores de todo el país.» «En las inmensas haciendas, habían establecido todos los negocios que podían hacerse.» «El número de esclavos era muy considerable, y su número aumentaba con los hijos que ellos producían.» «Hicieron contratas con el Estado; en Guibolgo construyeron un astillero de su explotación.» «Los jesuitas, que eran inflexibles en el cobro de alquileres y arriendos, se eximían del impuesto por sus bodegas y tiendas, y de los derechos de aduanas en su tráfico.»

(Del libro *Riquezas de los jesuitas en Chile*).

Es más digno de respeto el hombre más criminal y más miserable que a la hora de la muerte se confiesa, que el varón más sabio y recto que muere fuera de la Iglesia Católica.

Palabras del Cardenal Casafias, en un sermón, aludiendo a la muerte de Pi y Margall.

Habiendo consultado en cierta ocasión Godofredo, obispo de Luca, al Papa Urbano II, para saber qué penitencia se debía imponer a los sacerdotes que mataban excomulgados, contestó:

«Imponedles una penitencia ligera y proporcionada a la intención que ha presidido en los homicidios, conforme al uso de la Iglesia Romana, pues nosotros no declaramos homicidas a los que, ardiendo en un santo celo por la religión, degüellan excomulgados.»

Historia de los Papas y los Reyes, por Mauricio Lachatre. Edición española, tomo 2, página 49, línea 20.

SECCIÓN AMENA

Los mercaderes

CUENTO

I

—Y bien, Pedro—dijo Jesús, que aquel día estaba de calma—parece que las cosas de la tierra andan tan mal.

—Y tan mal—contestó enfurruñado San Pedro,—que peor no pueden ir. Ya veis que de algún tiempo acá ni por milagro sube un alma al cielo; no parece sino que todos han tomado abono á las calderas de mi to-yayo Botero.

Jesús bajó la cabeza, permaneció largo rato pensativo, y finalmente dijo con dulzura:

—¿Sabes, Pedro, qué se me ha ocurrido? Que lo mejor será que volvamos á la tierra.

—¡Otra vez!—exclamó azorado San Pedro abriendo unos ojos tamaños.

—¡Oh! No tengas miedo: no se trata de volver á las andadas. Esta vez viajaremos de riguroso incógnito.

San Pedro se rascó la coronilla, se encogió de hombros con desconfianza, y antes de que tuviera tiempo de replicar palabra se encontraba nuevamente en este valle de lágrimas caminando al lado de su Divino Maestro.

II

Recorrieron tierras y más tierras, visitaron ciudades y más ciudades... y en todas partes vieron cosas que les inquietaron, molestaron, repugnaron, indignaron.

—Sí que verdaderamente anda mal esta madriguera—murmuraba Jesús de cuando en cuando.—En verdad en verdad te digo que me figuraba haber sembrado mejor semilla.

Finalmente entraron en un templo, y allí subió de punto su sorpresa. En la puerta se vendían medallas y rosarios, escapularios y libritos de rezo, imágenes sagradas y amuletos; en esta capilla se vendían á precio fijo el agua del bautismo; en la de más allá se vendían las indulgencias tarifadas á tanto por día; en la trastienda se trataba y contrataba la salvación eterna como los granos en el mercado; tanto para subir derecho al Cielo con más ó menos iluminación; tanto para subir con acompañamiento de voces solas ó con voces y orquesta;—un tenor regularcillo se pagaba aparte... Y todo era comprar y vender y regatear y cambiar moneda que sonaba á derecha é izquierda y por todos lados.

—Pero esto, ¿es una lonja ó un templo?—preguntó Jesús.

—Un templo, Señor—contestó ingenuamente San Pedro, que estaba más al corriente de las cosas del mundo, como todo portero suele estarlo de lo que pasa de puertas afuera.—Es un templo... como un templo; y quien ha visto éste puede decir que los ha visto todos.

—¡Mercaderes indignos! ¿Y cómo no les

ha servido de escarmiento el que en otra ocasión los arrojara de la casa de mi Padre? —Porque cuentan con que no os quedaron deseos de volver á empezar.

—Pues bien; ignora á qué Dios debe estar consagrado este templo; pero...

San Pedro, por toda contestación, mostró á Jesús su propia imagen crucificada que sobre su altar se levantaba en las tinieblas de una de las capillas.

III

La ira divina fulguró en los ojos del maestro, el cual, olvidando el incógnito de que se hallaba revestido, empuñó un manojo de cuerdas que al azar encontró sobre un banco y comenzó á vapulear sin misericordia. Las bóvedas de la iglesia retumbaron como si se vinieran abajo; todo eran vociferaciones y lamentos. «Profanación! Sacrilegio! chillaban cien voces descompuestas; y mercaderes dando tumbos, monedas rodando, bulas y boletines, indulgencias y actas, facturas y recibos, cual hojas secas empujadas por una tromba, salieron arremolinados por las puertas del templo.

Cuando éste quedó vacío y se hubieron perdido los ecos de aquella barandada, Jesús respiró y arrojó lejos de sí el manojo de cuerdas.

—¿Qué habéis hecho?—exclamó entonces San Pedro, que había permanecido en un rincón plantado como un santo de piedra.—He arrojado de mi casa á los mercaderes como un día los arrojé de la casa de mi Padre.

—Bueno, sí... pero, ¿y ahora? —¿Ahora? La devolveré purificada á mis sacerdotes.

—¡Santa inocencia!... ¡Vuestros sacerdotes! ¡Si son precisamente esos que acabáis de echar del templo!

IV

Jesús se volvió á mirarle de hito en hito cual si no lograra comprenderle; sus labios temblaban de indignación, y en sus ojos centelleaban designios de destrucción de cataclismo.

De repente se serenó su semblante; una sonrisa de conmiseración se dibujó en sus labios, y tirando de la manga á San Pedro, le murmuró al oído:

—¿Quieres creerme, Pedro? Dejemos el mundo tal como está, pues considero que no tiene arreglo posible. Volvamos á casa.

—Y cuanto antes mejor, maestro; porque, ó mucho me engaño, ó esta vez saldremos peor librados que la otra.

APELES MESTRES

Una conversión como hay muchas. Una judía de costumbres muy libres decidió abrazar el catolicismo.

Me alegro mucho de tu determinación—le decía una amiga,—y bien pronto recibirás la recompensa.

—Ya lo creo—respondió ella.—El marqués de N. me quería regalar una cruz de brillan-

tes, y por causa de mi falsa religión no he podido aceptarla; pero mañana mismo le escribiré que ya ha desaparecido ese inconveniente.

DE BALDE...

Cando me poñan ó habito,
s, é qu' ó levo;
cando me metan na caixa,
se qu' á teño;
cando ó responso me canten,
s' hay con que pagar l'os cregos,
e cando dentro d' á cova...
¡qu' inda me leve San Pedro
se sô pensalo no río
con un-ha risa d'os deños!
¡Qu' enterrar han de enterrarme
aunque non lles den diñeiro!...

Un baturro entra en una iglesia.
El pobrecito es muy torpe y no entiende bien las cosas.

—Diga usted—le pregunta al sacristán:—¿cuánto vale un bautizo de tercera clase?

—Sin órgano, ni pila colgada, lo menos diez y seis reales.

—Y poniendo yo el agua, ¿no se me rebajaría nada?—preguntó con la mayor inocencia.

Afirmaba un maestro de escuela delante de sus discípulos, que habló la burra de Balaam. Uno de los pequeños, al oír esto, soltó la carcajada, y enfurecido el maestro, le propinó dos puntapiés, lo que hizo decir al discípulo llevándose la mano á la parte dolorida:

—Que la burra de Balaam hablaba, puede constar en la historia; lo que seguramente no consta es que tirara coces.

¡Bonito viaje!

Lleno de fervor cristiano, contra el infiel musulmán baja de Asturias Fernán al palanque castellano.

Y con no menos fervor por su fe, la mahometana, viene de tierra africana el intrépido Almanzor.

Sucumbirán si es preciso gustosos en la pelea, pues les halaga la idea de ganar el Paraíso.

Tras una lid azarosa midieron el campo juntos, quedando los dos difuntos en las Navas de Tolosa.

Sus almas, en rauda vuelo y en invisible ascensión, coláronse de rondón por la poterna del cielo.

Las dos por el mismo lado

recorren el cielo al par,¹ advirtiéndolo con pesar que se halla poco poblado.

Vendo de aquí para allí, cruzando del Norte al Sur, en pos de Cristo el astur, de Mahoma el marroquí, dan en una plazuela, y á la sombra de unos tilos ven hablando muy tranquilos al Redentor y al Profeta.

¡Qué asombro! ¡Qué confusión!

¿No es mentira lo que ven?

¡Juntos en el mismo Eden sin romperse el esternón!

¡Y ellos dejaron su tierra,

hogar y calma perdiendo

para ver lo que están viendo

tras de morir en la guerra!

—Tienes razón, buen Fernán.

—Dices bien, pobre africano.

—¡Nos lucimos, asturiano!

—¡Nos lucimos, musulmán!

E. SEGOVIA ROCABERTI

Divinidades impasibles

Vaya por las cosas de Triana.

Estaban para contraer matrimonio en la iglesia parroquial de Santa Ana un barbián y su novia; ya les leía la epístola de San Pablo el señor cura, cuando penetró en el templo una joven requeteguapísima y, al parecer, entrada en meses mayores, diciendo:

—A éste me lo llevo yo.

Y como lo dijo lo hizo: le agarró del brazo y ambos salieron de la iglesia en medio de la estupefacción general.

No se movió un santo ni un angelote para defender los fueros del sacramento interrumpido. Y triunfaron las leyes de la Naturaleza, como siempre que no hay curas y sacristanes sofisticadores de la verdad.

Se me olvidaba: la pecadora pareja sigue gozando su luna de miel laica sin que Dios fulmine los rayos de su ira contra ella.

¡Brame el infierno, rujá Satán!

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
— POR —
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 á los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

(FOLLETÓN 36.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

bra de buen humor con que suelen llevar á efecto aun lo espantoso atenúe en apariencia muchas veces las crudezas, ¡qué crudezas! los horrores de la realidad.

Tal es la suerte que viene cabiendo á aquel interesante país, en cuya descripción hemos de proseguir ahora.

CAPÍTULO XX

DE LAS DIFERENTES REGIONES EN QUE LO QUE QUEDA DE ESPAÑA SE HALLA DIVIDIDO

La actual monarquía española ofrece á la atención y consideración del viajero diversos territorios, de los cuales unos fueron en un tiempo señoríos ó estados enteramente independientes; de otros sus moradores ó naturales se hacen la ilusión de haberlo sido, aun cuando siempre hayan permanecido sujetos á la soberanía de otro país ú otro señor; y á otros, por fin, son meras circunstancias geográficas lo que les da el carácter regional.

Entre los primeros se cuentan principalmente Castilla, Aragón y Navarra, que sin duda por lo mismo, esto es, por haber sido durante buen número de siglos reinos perfectamente independientes, perfectamente soberanos de sí mismos. hoy

se hallan unificados y compenetrados de tal modo, que las pequeñas diferencias etnográficas y otras que aún subsisten entre ellos no valen ni la pena de mencionárselas.

De Castilla, vasta región central que se divide en dos, respectivamente llamadas la Vieja y la Nueva, diremos que es la que ha venido siempre ejerciendo la hegemonía en todo el reino, quizás no tanto por su extensión como por lo ponderado y armónico de las prendas y calidades de los antiguos señores de aquella tierra.

En esta región es donde se halla la capital de toda la nación, Madrid. Su situación fué determinada con regla y compás, pues, queriéndose que cayera precisamente en el centro de la monarquía, hubo que hallarlo con cuanta exactitud permitían los conocimientos de la época en que esto se hizo. Y como al efectuarlo se viese señales de que en aquel mismo lugar había habido un árbol, dedújose en seguida que allí había estado el paraíso, y que aquel árbol, aunque madroño, no era otro sino el del bien y del mal, el mismo de donde nuestros primeros padres tomaron el fruto prohibido, esto es, el mal, pero de donde se esperaba que en adelante no había de salir más que el bien, el cual irradiaría desde aquel punto central sobre toda la monarquía.

Sea por esto, sea por los títulos que la historia de su país parece que le da, lo cierto es que el castellano se halla penetrado de la superioridad de su región ó de los naturales de ella, y mira y trata con cierto desdén á los de las otras, cosa que todos los españoles son muy incli-

nados á hacer con los pueblos extranjeros, lo cual les ha valido, como se sabe, grandes tundas, sin que ninguna ni todas ellas les hayan servido de escarmiento. A qué es esto principalmente debido, ya lo diremos más adelante.

Cataluña es la región más levantisca, esto es, la situada más á levante. Industrial, y más seria ó más ruda que la generalidad de las otras, es quizás por esto mismo objeto de las bromas más ó menos ingeniosas que le dan, no sólo los naturales de Castilla, sino también los de las demás regiones.

No se crea por esto, sin embargo, que los catalanes no son también bromistas; porque, sin duda por su natural rudeza, practican aquello de «las bromas, ó pesadas ó no dadas», y algunas de las que han dado al resto de la nación, han sido garrafas. Díganlo, si no, las dos grandes y funestas guerras que han sostenido contra los demás españoles: una en tiempo de los Austrias por quererse entregar á los Borbones, y otra, poco después, en tiempo de los Borbones, por querer entregarse á los Austrias.

Recientemente ha brotado, además, entre ellos una agrupación que lleva el celo regional á un extremo ó en una forma que irrita la suspicacia, que la larga serie de dominios emancipados y perdidos ha hecho sumamente excitable, de los naturales de las otras regiones y principalmente de la castellana.

Pero al fin y al cabo los catalanes han tenido personalidad nacional, más de hecho que de derecho, hasta hace pocos siglos, mientras que hay otra región donde el exclusivismo agudo que aparenta tener una pequenísima porción de aque-

llos naturales toma un carácter de lo más cómico que es posible imaginar.

Había, en efecto, antiguamente un pueblo curiosísimo, el de los vascos, que no se sabe de dónde vino, que hablaba una lengua muy extraña y del que se conocen algunas costumbres y se conserva, aunque replantado, un árbol á cuya sombra nacieron y prosperaron sus venerandas instituciones, que durante mucho tiempo consistieron en dos bandos que se degollaban por turno uno á otro.

Pues bien, aprovechándose de esto algunos españoles de los que luego han poblado ó repoblado aquella región, (pues naturalmente al cabo de los años mil los aborígenes han de ser los menos) han dado en la gracia, parece que solamente por distraerse ó divertirse, de hacer creer que ellos son aquel pueblo misterioso; sostienen que no hubo un solo árbol del bien y del mal, sino dos, uno del mal y otro del bien, y que el del mal era el madroño madrileño y el del bien un castaño, precisamente el mismo que todos aquellos naturales veneran; y han llevado, en fin, su ingenio y buen humor hasta fingir que tienen lengua propia, y que esta es la misma exactamente de los primitivos vascos. Así, por ejemplo, en presencia de los castellanos forasteros, dice uno de esos bizcarras (así se llaman) á otro:

—¿Chapelgorri zurribetia bat micoa?

Y el otro contesta:

—¡Guau! ¡guau! Jaun zuria iturbarreta goriguiri.

Pero la verdad es, que no se han dicho nada, porque eso, que evidentemente no es español, tampoco es vasco, ni otra cosa más que un expediente para

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

mucho ha respondido en realidad á las apariencias; el nombrar sus subalternos entre los voluntarios matones de baja ralea ó de poca conducta; el alternar rastreramente con todo el mundo, y sobre todo el hacer públicas ciertas debilidades y pequeñeces del cuartel general, le han dado un prestigio difícil de combatir, por más que sea necesario, y una preponderancia en el país, con grave detrimento del principio de autoridad... Este es Saballs, á quien prematuramente se quiere separar de la escena, no previendo, ó mejor no calculando por falta de datos, que hoy puede ser ruina lo que mañana sea timbre glorioso de recta justicia.

Todas estas opiniones vienen á corroborar la tan dura como justa que emitió sobre Saballs desde Barcelona el respetable carlista D. Francisco Segarra, y que copió en el tomo dedicado á narrar algunas de las muchas inmundicias y robos del campo carlista.

Aunque para juzgar á Saballs, nada tan elocuente como el documento que va á continuación, y que no podrá rebatir ningún carlista, por ser oficial, y nada menos que de D. Alfonso hermano de D. Carlos:

ACUSACIÓN

Le hace D. Alfonso en ella 25 cargos, muchos de insubordinación, cobardía, desprecio á su persona, insultos y ataques á los jefes milita es que estaban á su lado, haber impedido movimientos de tropas por malas artes, contribuido á que se perdieran varias acciones de guerra, haberle obligado á permanecer oculto en las montañas con grave riesgo de su vida, haberse expresado en términos de cólera contra él groseros y amezadores, públicamente; además dice que por miedo á Cabrinetty huyó de Puigcerdá; que se fingió varias veces enfermo por no combatir; que trabada la lucha con las fuerzas liberales se marchaba con sus fuerzas cuando bien le parecía, dejando comprometidas á las demás; que lo calumnió en muchas ocasiones atribuyéndole los fracasos y formulando protestas contra él, que hacía firmar á todos los jefes y oficiales; que fomentaba la indisciplina; que en todas ocasiones pero particularmente en Alpens é Igualada, hubo que llevarlo á la fuerza por resistirse á atacar; que había sacado de los pueblos las contribuciones sia dar cuenta á nadie de nada, y en varias ocasiones, especialmente cuando se coparon 10.000 duros á la columna Cabrinetty, de los cuales el intendente Solá, encargado de recogerlos, sólo encontró 1.200; con otros cargos tremendos, el menor de los cuales bastaba para hacerle fusilar.

El cargo 7.º dice textualmente.

7.º Después de la toma de Berga, el 27 de Marzo del 73, en que yo hice gracia de la vida á los prisioneros rendidos bajo esta garantía, al día siguiente, comprometiéndome mi palabra de honor, Saballs hizo fusilar sobre el mismo camino de Baga durante la noche, y sin confesión, á 60 voluntarios republicanos, habiendo llegado esto á mi conocimiento extrajudicialmente al siguiente día. De esto pueden informar casi todos los que asistieron á la toma de Berga.

Esta acusación la firmó D. Alfonso en Estella el 8 de Noviembre de 1873 con el carácter de general en jefe.

PROTECCIÓN DE DON CARLOS

¿Qué hizo D. Carlos después de leer esa acusación? Llamar á Saballs, que se presentó en la corte acompañado de unos cuantos miles de duros, é imponerle unos días de arresto para satisfacer á su hermano; que así andaba la justicia en la corte del que ofrecía ponerla en España.

¿Y para qué se lo impuso? Para que después de cumplir el arresto, sus facinerosos le aclamaran y enaltecieran más.

En cambio los carlistas de mejor sentido y de relativa moralidad, le acusaron del asesinato de los señores Fajedas, padre é hijo, y del señor Oliveras, los primeros ricos propietarios de la provincia de Gerona, y el último librero con tres hijos en las filas carlistas, á cuyo partido pertenecían aquéllos también. He aquí como ocurrieron esos hechos.

Por evitar persecuciones ó por conveniencia, marchábase los tres citados señores á Francia donde tenían su familia, siguiendo el camino que le habían designado sus correligionarios como más seguro.

En Camprodón participaron el objeto de

su viaje, rogando al jefe que allí estaba que los custodiase hasta la frontera, si juzgaba que podía existir algún peligro. Acostáronse tranquilos, y á hora avanzada de la noche se les llamó pretextoando que el enemigo se acercaba; los sacaron de la población, y á poca distancia los fusilaron, sin darles siquiera tiempo ni de confesarse, como pedían.

Grande y dolorosa impresión causó este hecho infame entre los mismos carlistas, y los hijos de las víctimas, que servían en Navarra, acudieron á D. Carlos, quien ordenó se procediera á instruir sumaria, que no se instruyó. ¿Qué había de instruirse, si se trataba de un hombre que había robado tanto, repartido tanto y que podía repartir más aún?

En el carlismo ya se sabía: el que más robaba mayor influencia alcanzaba; Santés, Cucala, Saballs... En cambio eran procesados y deshonrados y preteridos los que, por proceder del ejército liberal, conservaban, todavía alguna idea del honor. Díaz de Rada, Lizarraga, Dorregaray...

Y se explica; entre bandidos, los más bandidos deben predominar, como los más honrados entre los honrados, y los más sabios entre los sabios. Lo contrario sería postergar el mérito, y ya sabemos que el mérito en el carlismo se aquilata robando más, asesinando más é incendiando más que todos.

En lo demás, era Saballs como todos los cabecillas. Cuando fuerzas del ejército le buscaban, no lo encontraban nunca; oculto entre las escabrosidades de un terreno que le favorecía, y protegido por el fanatismo de sus habitantes, únicamente se presentaba ante la tropa cuando creía que las ventajas de la lucha estaban de su parte, cuando tenía una emboscada, ó descargaba algunos tiros para hacer bajas á mansalva; no era un guerrillero, era un bandido de espera.

Tan envanecido estaba Saballs con la amistad de su rey y la adhesión de sus hordas, que después del arresto continuó haciendo de las suyas contra D. Alfonso, viéndose éste obligado, al volver á entrar en España, á dirigirle la orden siguiente:

«Habiendo llegado á mi noticia las bajas é indignas intenciones de ciertos individuos de tu división con respecto á mi persona y á cualquiera que me acompañe, llegando hasta decir que yo y los demás que voyan conmigo dejaríamos la piel si quisiésemos pisar el suelo catalán antes de tu vuelta á Cataluña, me veo en la precisión de pasarte la presente comunicación.

«Nada me detuvo jamás, y nada me detendrá delante de mí deber; por lo tanto, después de haber tenido la entrevista contigo en esta ciudad, y cumpliendo las órdenes de S. M., estoy resuelto á entrar en Cataluña ahora mismo.

«Sé cuánto se me quiere hacer, y nada me asusta.

«Si después de estar yo en Cataluña veo que todos se conducen como deben, y no se me hace la menor imposición, te prometo que á los pocos días te enviaré el nombramiento de jefe de división y te llamaré á Cataluña, como te lo había ya prometido.

«Si, al contrario, veo que se me quiere amenazar contra todo principio de autoridad, en este caso te prometo que, en lugar de asustarme, sostendré mi autoridad y me comportaré de otro modo menos agradable para ti.

«Entro en Cataluña, pues sé que Dios está conmigo, y que cumplo mi deber; pero te prevengo que toda responsabilidad de lo que me pueda suceder, ó á los que me acompañan, la hago recaer exclusivamente sobre ti.

«Que Dios te guarde muchos años.—Perpiñán 24 de Abril de 1874.»

Como se ve, hasta el hermano de su rey tenía que tomar precauciones para no ser víctima de Saballs.

Pues bien; á ese asesino, á ese cobarde, á ese ladrón le escribió de su propia mano el Chapa una carta que empezaba así:

«Querido Saballs. ¡Eres un héroe! Propios y extraños, amigos y enemigos te admiran.

Pero eres más que héroe; eres la personificación del heroísmo de muchos que se baten con indomable bravura, con entusiasmo sublime por su Dios, por su Patria y por su Rey.

Defendiendo mis derechos á la corona de España, defendes la honra y la independencia de la Patria, defendes la libertad santa de la iglesia de Dios.

Adelante, pues, mi querido Saballs. Repite esa palabra *adelante*. Comunica tu valor y tu aliento, difunde tu fe, tu esperanza y tu entusiasmo, arranca de tu corazón y derrama sobre los demás una parte del fuego santo que que atesora tu pecho, etc.»

¿Cuál resulta más miserable y canalla, el rey ó el súbdito? Indudablemente el primero. Quien aplaude y glorifica el crimen, es más infame que el que lo realiza; éste puede alguna vez obedecer al instinto de la bestia al cometerlo; aquél aplaude siempre con plena conciencia. Por esto entre Saballs y don Carlos, resulta menos repugnante Saballs.

Las crueldades de Saballs encharcaron de sangre á Cataluña; pero, siendo él naturalmente sanguinario, sabiendo que así alcanzaba fama entre los suyos, y viendo que de este modo se veía aclamado y protegido por su rey, ¿podía ser otra cosa?

Y él, que ya era un bandido de profesión y sabía que para medrar y ascender en el campo carlista no hay méritos mayores que el robo y el asesinato, lanzóse inmediatamente á contraer más de los que tenía, con la fundada esperanza de alcanzar títulos, grados, condecoraciones, amén de un capital decente para cuando tuviera que emigrar.

Por esto sus crímenes, como los de todos los carlistas, deben caer sobre la frente del miserable, que los autorizaba, los consentía ó se aprovechaba de ellos.

Y por esto Saballs, como Cucala, como Santa Cruz, como Rosa Samaniego, como todos los bandidos del carlismo, no eran más que genuinos representantes de aquel á quien los curas llamaban rey, los libertinos maestro, los asesinos tocayo y la justicia criminal.

ROBOS, ASESINATOS Y FUSILAMIENTOS EN CARDEDEU

Reunidas varias facciones á las órdenes de Saballs, en número de 2.500 hombres, cayeron sobre Cardedeu á las cinco y media de la tarde del día 6 de Noviembre de 1873, rodearon el pueblo, se apoderaron del segundo alcalde, que estaba en la estación del ferrocarril y de la madre del primero, señora octogenaria y que se hallaba en su casa, obligando á los dos á ir á la Casa de la Villa y á la iglesia á decir á los voluntarios que se entregasen. Mientras tanto, un gran número de aquellos facinerosos iba sacando liberales de sus moradas y obligándoles á conducir leña y combustibles para quemar la iglesia y el ayuntamiento.

Toda la noche se defendieron heroicamente los voluntarios, á pesar de que los carlistas incendiaron los edificios en que estaban, y de tal manera, que las llamas llegaron hasta las campanas. Cada media hora dejaban los facciosos de hacer fuego para gritar á los defensores que se entregasen, ofreciendo no hacerles el menor daño.

Los voluntarios, á pesar de no quedarles más sitio para combatir que el terrado encima del campanario despreciaron sus proposiciones y arrieron en su defensa, esperanzados en que llegarían á tiempo los refuerzos que se les habían ofrecido.

A eso de las diez de la mañana vieron avanzar hacia Cardedeu por la parte de Granollers á unos cuantos soldados y voluntarios, y su valor y esperanza se duplicaron, mas por corto tiempo, pues los carlistas, gracias á la superioridad del número, hicieron retroceder á las fuerzas aquéllas.

Volvieron á ofrecerles la vida si se rendían, y ellos, que llevaban ya diez y ocho horas de fuego, aceptaron parlamento, bajando su jefe, D. Ignacio Assanía, á conferenciar con Miré, conviniendo en que se rendirían con las condiciones tantas veces propuestas.

Pronto pudieron advertir que habían sido villanamente engañados. Conforme se iban entregando los despojaban de sus relojes, de su dinero, de sus tapabocas y de cuantas prendas excitaban la codicia de cualquiera de aquellos foragidos, arrojándolos después á empujones en medio de la plaza.

Atados y en dos filas, fueron sacados de la villa aquellos valientes, los pasaron por Llinas, y llegaron á San Antonio de Vilamajor; y allí, reunidos los cabecillas en una de las casas, resolvieron que 22 de aquellos infelices se confesasen en el acto, conduciéndolos en seguida junto á las tapias del cementerio. No quisieron ni aguardar á que amaneciese; tal prisa les corría verter sangre.

Como ofrecía dificultades para la puntería la oscuridad de la noche, pusieron cerillas encendidas en las manos de cada uno de los destinados á perecer, y así los fusilaron de tres en tres. Con uno de ellos ocurrió este episodio dramático:

Mientras sostenía la cerilla, viendo que se le acababa la vida por segundos, volvióse de repente contra sus verdugos y á puñetazos se abrió camino, no alcanzándole ninguno de los muchos disparos que le hicieron. Por

el mismo procedimiento se salvaron otros dos, por lo cual sólo fueron inmolados 19. Entre los fusilados había niños de quince años.

Horrizaron á toda España los actos de salvaje ferocidad cometidos en Cardedeu. Al entrar quemaron la casa del alcalde, la del jefe de voluntarios y la estación del ferrocarril; saquearon las casas de los liberales, que ya llevaban en lista, rompiendo y quemando lo que no pudieron llevarse; impusieron al pueblo una multa de 11.000 duros, exigieron un año de contribución con el recargo del 50 por 100 y se llevaron en rehenes al alcalde y á 16 personas más.

Para colmo de inhumanidad, obligaron á las mujeres de los liberales á servirles de parapeto en tanto que hacían fuego á sus padres esposos y deudos que se habían hecho fuertes en la casa ayuntamiento. No pudo llevarse á más la cobardía y la infamia.

El día 9 fué de luto en Granollers, por que en su mañana enterraron los cadáveres de cinco individuos que, al correr en auxilio de los que se batían en Cardedeu, fueron víctimas de su heroísmo.

FUSILAMIENTOS EN OLOT

El 17 de Julio del año 1874 *ciento noventa y tres* soldados liberales inermes, desarmados, prisionados en una emboscada, fueron asesinados á sangre fría después de larga y penosa prisión.

Estaban en Olot, y al saber los carlistas que los liberales se acercaban, dispuso Saballs trasladarlos á Vallfogona para fusilarlos allí.

Descalzados, medio desnudos, descubierta la cabeza y atados por parejas, emprendieron la marcha camino de Llayers, escoltados por 50 héroes de escapolario.

Durante la marcha, un pobre carabiniro se hirió el pie en una piedra, y porque no podía seguir al paso de sus compañeros, el defensor de la religión Narciso Bosch mandó desatarle é inmolarse allí.

Otro desdichado preguntó que adónde se les conducía, y se le contestó entre burlas y blasfemias: *Al infierno á hon abeu surtid, y ahon fà temps deurian está.*

A las nueve de la mañana llegaron á Llayers, aumentada la fúnebre comitiva con un cura que se les agregó en el camino; encerraron á los prisioneros en la iglesia y los carlistas se pusieron á almorzar.

Terminado el almuerzo, el miserable Boch mandó al canalla Brú fusilar á aquellos hombres, que estaban tendidos sobre las losas, extenuados por el hambre y la sed.

Mandó Brú redoblar las ligaduras, y al preguntarle el por qué de tanto rigor, riéndose irónicamente contestó: «La verdad es que nuestro general se ha compadecido de vosotros, y, cansado de tanto estorbo, manda que se os fusile en el acto.»

La escena que siguió á estas terribles palabras, no puede describirse. «¡Brú, piedad! ¡compadeceos de nosotros, somos padres de familia casi todos! ¡compasión!» Las lágrimas y los sollozos formaban contraste terrible con la feroz tranquilidad de los verdugos.

Todos querían despedirse de sus hijos y sus esposas, y algunos lápices y un pedazo de papel corrían de mano en mano. Los que no sabían escribir se agrupaban á sus compañeros y encargaban un beso para sus hijos, un abrazo para su esposa. Apenas podía leerse el escrito regado por lágrimas de aquellos mártires.

Abrazábanse unos á otros y se besaban con el ardor del que se despidió para siempre. Pidieron al cura párroco, reverendo D. Jaime Campás, que les extendiera su testamento, que consistía en estas palabras: «Adios, esposa mía; muero pensando en ti y en nuestros hijos: implora una limosna para que no les falte el pan.»

La primera pareja fué sacada de la iglesia arrastrando. «¡Adios, compañeros! Si escapa alguno, que dé un beso á nuestros hijos.»

Sonó una descarga, y aquellos dos desventurados cayeron en un charco de sangre, destrozados los cráneos. Algunos carlistas se ensañaron horriblemente en sus cadáveres mutilándolos á bayonetazos.

El alférez D. Saturnino García, en un arranque de indignación rompe sus ligaduras, y encarándose con sus asesinos, sublimemente de emoción, exclama:

—Carlitas: vamos al suplicio; pero este suplicio será nuestra corona y vuestra deshonra á la vez: no sois partido político; sois miserables asesinos, y nuestra sangre caerá sobre vuestras cabezas...

—¡Matadle, matadle!—aullaron algunos carlistas.

—¡Yo,—dijo Brú—se explica bé pel radé cop que canti.

(Continuará.)